

## MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 9

**463.** Eran las nueve de la noche cuando el fidelísimo San José lleno de amargura e íntimo dolor se volvió a su esposa prudentísima, y la dijo: Señora mía dulcísima, mi corazón desfallece de dolor en esta ocasión viendo que no puedo acomodaros, no sólo como vos lo merecéis y mi afecto lo deseaba, pero ningún abrigo ni descanso, que raras veces o nunca se le niega al más pobre y despreciado del mundo. Misterio sin duda tiene esta permisión del cielo, que no se muevan los corazones de los hombres a recibirnos en sus casas. Acuérdomé, Señora, que fuera de los muros de la ciudad está una cueva que suele servir de albergue a los pastores y a su ganado. Lleguémonos allá, que si por dicha está desocupada, allí tendréis del cielo algún amparo cuando nos falta de la tierra.—Respondióle la prudentísima Virgen: Esposo y señor mío, no se aflija vuestro piadosísimo corazón, porque no se ejecutan los deseos ardentísimos que produce el afecto que tenéis al Señor. Y pues le tengo en mis entrañas, por él mismo os suplico que le demos gracias por lo que así dispone. El lugar que me decís será muy a propósito para mi deseo. Conviértanse vuestras lágrimas en gozo con el amor y posesión de la pobreza, que es el tesoro rico e inestimable de mi Hijo santísimo. Este viene a buscar desde los cielos, preparémosele con júbilo del alma, que no tiene la mía otro consuelo, y vea yo que me le dais en esto. Vamos contentos a donde el Señor nos guía.—Encaminaron para allá los Santos Ángeles a los divinos esposos, sirviéndoles de lucidísimas antorchas, y llegando al portal o cueva, la hallaron desocupada y sola. Y llenos de celestial consuelo, por este beneficio alabaron al Señor, y sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

*Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.*

**464. Hija mía carísima, si eres de corazón blando y dócil para el Señor, poderosos serán los misterios divinos que has escrito y entendido para mover en ti afectos dulces y amorosos con el Autor de tantas y tales maravillas, en cuya presencia quiero de ti que desde hoy hagas nuevo y grande aprecio de verte desechada y desestimada del mundo. Y dime, amiga, si en recambio de este olvido y menosprecio admitido con voluntad alegre, pone Dios en ti los ojos y la fuerza de su amor suavísimo, ¿por qué no comprarás tan barato lo que vale no menos que infinito precio? ¿Qué te darán los hombres cuando más te celebren y te estimen? ¿Y qué dejarás si los desprecias? ¿No es todo mentira y vanidad? ¿No es una sombra fugitiva y momentánea que se les desvanece entre las manos a los que trabajan por cogerla? Pues cuando todo lo tuvieras en las tuyas, ¿qué hicieras en despreciarlo de balde? Considera bien cuánto menos harás en arrojarlo por granjear el amor del mismo Dios, el mío y de sus Ángeles; niégalo todo, carísima, y de corazón; y si no te despreciare el mundo tanto como debes desearlo, desprecíale tú a él y queda libre, expedita y sola, para que te acompañe el todo y sumo bien y recibas con plenitud los felicísimos efectos de su amor y con libertad le correspondas.**

**465. Es tan fiel amante mi Hijo santísimo de las almas, que me puso a mí por maestra y ejemplar vivo para enseñarlas el amor de la humildad y el eficaz desprecio de la vanidad y soberbia. Y también fue orden suya que para su grandeza y para mí, su sierva y Madre, faltase abrigo y acogida entre los hombres, dando motivo con este desamparo para que después las almas enamoradas y afectuosas se le ofrezcan, y obligarse con tan fina voluntad a venir y estar en ellas; como también buscó la soledad y la pobreza, no porque para sí tuviese necesidad de estos medios para obrar las virtudes en**

grado perfectísimo, sino para enseñar a los mortales que éste era el camino más breve y seguro para lo levantado del amor divino y unión con el mismo Dios.

466. Bien sabes, carísima, que incesantemente eres enseñada y amonestada con la luz de lo alto, para que olvidada de lo terreno y visible te ciñas de fortaleza (Prov 31, 17) y te levantes a imitarme, copiando en ti, según tus fuerzas, los actos y virtudes que de mi vida te manifiesto. Y éste es el primer intento de la ciencia que recibes para escribirla, porque tengas en mí este arancel y de él te valgas para componer tu vida y obras al modo que yo imitaba las de mi Hijo dulcísimo. Y el temor que te ha causado este mandato, imaginándole superior a tus fuerzas, le has de moderar y cobrar ánimo con lo que dice mi Hijo santísimo por el Evangelista San Mateo (Mt 5, 48): *Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.* Esta voluntad del Altísimo que propone a su Iglesia santa no es imposible a sus hijos, y si ellos de su parte se disponen, a ninguno le negará esta gracia, para conseguir la semejanza con el Padre celestial, porque esto les mereció mi Hijo santísimo; pero el pesado olvido y desprecio que hacen los hombres de su redención impide que se consiga en ellos eficazmente su fruto.

467. De ti, hija mía, quiero especialmente esta perfección y te convido para ella por medio de la suave ley del amor a que encamino mi doctrina. Considera y pesa con la divina luz en qué obligación te pongo, y trabaja para corresponder a ella con prudencia de hija fiel y solícita, sin que te embarace dificultad o trabajo alguno, ni omitir virtud ni acción de perfección por ardua que sea. Ni te has de contentar con solicitar tu amistad con Dios y la salvación propia, pero si quieres ser perfecta a mi imitación y cumplir con lo que enseña el Evangelio, has de procurar la salud de otras almas y la exaltación del santo nombre de mi Hijo y ser instrumento

en su mano poderosa para cosas fuertes y de su mayor agrado y gloria.

## CAPITULO 10

*Nace Cristo nuestro bien de María Virgen en Belén de Judea.*

468. El palacio que tenía prevenido el supremo Rey de los reyes y Señor de los señores para hospedar en el mundo a su eterno Hijo humanado para los hombres, era la más pobre y humilde choza o cueva, a donde María santísima y San José se retiraron despedidos de los hospicios y piedad natural de los mismos hombres, como queda dicho en el capítulo pasado. Era este lugar tan despreciado y contentible, que con estar la ciudad de Belén tan llena de forasteros que faltaban posadas en que habitar, con todo eso nadie se dignó de ocuparle ni bajar a él, porque era cierto no les competía ni les venía bien sino a los maestros de la humildad y pobreza, Cristo nuestro bien y su purísima Madre. Y por este medio les reservó para ellos la sabiduría del eterno Padre, consagrándole con los adornos de desnudez, soledad y pobreza por el primer templo de la luz y casa del verdadero Sol de Justicia (Mt 5, 48), que para los rectos de corazón había de nacer de la candidísima aurora María, en medio de las tinieblas de la noche —símbolo de las del pecado— que ocupaban todo el mundo.

469. Entraron María santísima y San José en este prevenido hospicio, y con el resplandor que despedían los diez mil Ángeles que los acompañaban pudieron fácilmente reconocerle pobre y solo, como lo deseaban, con gran consuelo y lágrimas de alegría. Luego los dos santos peregrinos hincados de rodillas alabaron al Señor y le dieron gracias por aquel beneficio, que no ignoraban era dispuesto por los ocultos juicios de la eterna

**Sabiduría. De este gran sacramento estuvo más capaz la divina princesa María, porque en santificando con sus plantas aquella felicísima cuevecica, sintió una plenitud de júbilo interior que la elevó y vivificó toda, y pidió al Señor pagase con liberal mano a todos los vecinos de la ciudad que, despidiéndola de sus casas, la habían ocasionado tanto bien como en aquella humildísima choza la esperaba. Era toda de unos peñascos naturales y toscos, sin género de curiosidad ni artificio y tal que los hombres la juzgaron por conveniente para solo albergue de animales, pero el eterno Padre la tenía destinada para abrigo y habitación de su mismo Hijo.**

**470. Los espíritus angélicos, que como milicia celestial guardaban a su Reina y Señora, se ordenaron en forma de escuadrones, como quien hacía cuerpo de guardia en el palacio real. Y en la forma corpórea y humana que tenían, se le manifestaban también al santo esposo José, que en aquella ocasión era conveniente gozase de este favor, así por aliviar su pena, viendo tan adornado y hermoso aquel pobre hospicio con las riquezas del cielo, como para aliviar y animar su corazón y levantarle más para los sucesos que prevenía el Señor aquella noche y en tan despreciado lugar. La gran Reina y Emperatriz del cielo, que ya estaba informada del misterio que se había de celebrar, determinó limpiar con sus manos aquella cueva que luego había de servir de trono real y propiciatorio sagrado, porque ni a ella le faltase ejercicio de humildad, ni a su Hijo unigénito aquel culto y reverencia que era el que en tal ocasión podía prevenirle por adorno de su templo.**

**471. El santo esposo José, atento a la majestad de su divina esposa, que ella parece olvidaba en presencia de la humildad, la suplicó no le quitase a él aquel oficio que entonces le tocaba y, adelantándose, comenzó a limpiar**

el suelo y rincones de la cueva, aunque no por eso dejó de hacerlo juntamente con él la humilde Señora. Y porque estando los Santos Ángeles en forma humana visible —parece que, a nuestro entender, se hallaran corridos a vista de tan devota porfía y de la humildad de su Reina—, luego con emulación santa ayudaron a este ejercicio o, por mejor decir, en brevísimo espacio limpiaron y despejaron toda aquella caverna, dejándola aliñada y llena de fragancia. San José encendió fuego con el aderezo que para ello traía, y porque el frío era grande, se llegaron a él para recibir algún alivio, y del pobre sustento que llevaban comieron o cenaron con incomparable alegría de sus almas; aunque la Reina del cielo y tierra con la vecina hora de su divino parto estaba tan absorta y abstraída en el misterio, que nada comiera si no mediara la obediencia de su esposo.

472. Dieron gracias al Señor, como acostumbraban, después de haber comido; y deteniéndose un breve espacio en esto y en conferir los misterios del Verbo humanado, la prudentísima Virgen reconocía se le llegaba el parto felicísimo. Rogó a su esposo San José se recogiese a descansar y dormir un poco, porque ya la noche corría muy adelante. Obedeció el varón divino a su esposa y la pidió que también ella hiciese lo mismo, y para esto aliñó y previno con las ropas que traían un pesebre algo ancho, que estaba en el suelo de la cueva para servicio de los animales que en ella recogían. Y dejando a María santísima acomodada en este tálamo, se retiró el santo José a un rincón del portal, donde se puso en oración. Fue luego visitado del Espíritu divino y sintió una fuerza suavísima y extraordinaria con que fue arrebatado y elevado en un éxtasis altísimo, do se le mostró todo lo que sucedió aquella noche en la cueva dichosa; porque no volvió a sus sentidos hasta que le llamó la divina esposa. Y este fue el sueño que allí recibió

**José, más alto y más feliz que el de Adán en el paraíso (Gen 2, 21).**

**473. En el lugar que estaba la Reina de las criaturas fue al mismo tiempo, movida de un fuerte llamamiento del Altísimo con eficaz y dulce transformación que la levantó sobre todo lo criado y sintió nuevos efectos del poder divino, porque fue este éxtasis de los más raros y admirables de su vida santísima. Luego fue levantándose más con nuevos lumines y cualidades que la dio el Altísimo, de los que en otras ocasiones he declarado, para llegar a la visión clara de la divinidad. Con estas disposiciones se le corrió la cortina y vio intuitivamente al mismo Dios con tanta gloria y plenitud de ciencia, que todo entendimiento angélico y humano ni lo puede explicar, ni adecuadamente entender. Renovóse en ella la noticia de los misterios de la divinidad y humanidad santísima de su Hijo, que en otras visiones se le había dado, y de nuevo se le manifestaron otros secretos encerrados en aquel archivo inexhausto del divino pecho. Y yo no tengo bastantes, capaces y adecuados términos ni palabras para manifestar lo que de estos sacramentos he conocido con la luz divina; que su abundancia y fecundidad me hace pobre de razones.**

**474. Declaróle el Altísimo a su Madre Virgen cómo era tiempo de salir al mundo de su virginal tálamo, y el modo cómo esto había de ser cumplido y ejecutado. Y conoció la prudentísima Señora en esta visión las razones y fines altísimos de tan admirables obras y sacramentos, así de parte del mismo Señor, como de lo que tocaba a las criaturas, para quien se ordenaban inmediatamente. Postróse ante el trono real de la divinidad y, dándole gloria y magnificencia, gracias y alabanzas por sí y las que todas las criaturas le debían por tan inefable misericordia y dignación de su inmenso amor, pidió a Su Majestad nueva luz y gracia para obrar dignamente en**

**el servicio, obsequio, educación del Verbo humanado, que había de recibir en sus brazos y alimentar con su virginal leche. Ésta petición hizo la divina Madre con humildad profundísima, como quien entendía la alteza de tan nuevo sacramento, cual era el criar y tratar como madre a Dios hecho hombre, y porque se juzgaba indigna de tal oficio, para cuyo cumplimiento los supremos serafines eran insuficientes. Prudente y humildemente lo pensaba y pesaba la Madre de la sabiduría (Eclo 24, 24), y porque se humilló hasta el polvo y se deshizo toda en presencia del Altísimo, la levantó Su Majestad y de nuevo la dio título de Madre suya, y la mandó que como Madre legítima y verdadera ejercitase este oficio y ministerio: que le tratase como a Hijo del eterno Padre y juntamente Hijo de sus entrañas. Y todo se le pudo fiar a tal Madre, en que encierro todo lo que no puedo explicar con más palabras.**

**475. Estuvo María santísima en este rapto y visión beatífica más de una hora inmediata a su divino parto; y al mismo tiempo que salía de ella y volvía en sus sentidos, reconoció y vio que el cuerpo del niño Dios se movía en su virginal vientre, soltándose y despidiéndose de aquel natural lugar donde había estado nueve meses, y se encaminaba a salir de aquel sagrado tálamo. Este movimiento del niño no sólo no causó en la Virgen Madre dolor y pena, como sucede a las demás hijas de Adán y Eva en sus partos, pero antes la renovó toda en júbilo y alegría incomparable, causando en su alma y cuerpo virgíneo efectos tan divinos y levantados, que sobrepujan y exceden a todo pensamiento criado. Quedó en el cuerpo tan espiritualizada, tan hermosa y refulgente, que no parecía criatura humana y terrena: el rostro despedía rayos de luz como un sol entre color encarnado bellísimo, el semblante gravísimo con admirable majestad y el afecto inflamado y fervoroso. Estaba puesta de rodillas en el pesebre, los ojos**



levantados al cielo, las manos juntas y llegadas al pecho, el espíritu elevado en la divinidad y toda ella deificada. Y con esta disposición, en el término de aquel divino raptó, dio al mundo la eminentísima Señora al Unigénito del Padre y suyo (Lc 2, 7) y nuestro Salvador Jesús, Dios y hombre verdadero, a la hora de media noche, día de domingo, y el año de la creación del mundo, que la Iglesia romana enseña, de cinco mil ciento noventa y nueve; que esta cuenta se me ha declarado es la cierta y verdadera.

**476.** Otras circunstancias y condiciones de este divinísimo parto, aunque todos los fieles las suponen por milagrosas, pero como no tuvieron otros testigos más que a la misma Reina del cielo y sus cortesanos, no se pueden saber todas en particular, salvo las que el mismo Señor ha manifestado a su santa Iglesia en común, o a particulares almas por diversos modos. Y porque en esto creo hay alguna variedad, y la materia es altísima y en todo venerable, habiendo yo declarado a mis Prelados que me gobiernan lo que conocí de estos misterios para escribirlos, me ordenó la obediencia que de nuevo los consultase con la divina luz y preguntase a la Emperatriz del cielo, mi madre y maestra, y a los Santos Ángeles que me asisten y sueltan las dificultades que se me ofrecen, algunas particularidades que convenían a la mayor declaración del parto sacratísimo de María, Madre de Jesús, Redentor nuestro. Y habiendo cumplido con este mandato, volví a entender lo mismo, y me fue declarado que sucedió en la forma siguiente:

**477.** En el término de la visión beatífica y raptó de la Madre siempre Virgen, que dejó declarado (Cf. supra n. 473), nació de ella el Sol de Justicia, Hijo del eterno Padre y suyo, limpio, hermosísimo, refulgente y puro, dejándola en su virginal entereza y pureza más divinizada y consagrada; porque no dividió, sino que

penetró el virginal claustro, como los rayos del sol, que sin herir la vidriera cristalina, la penetra y deja más hermosa y refulgente. Y antes de explicar el modo milagroso como esto se ejecutó, digo que nació el niño Dios solo y puro, sin aquella túnica que llaman *secundina* en la que nacen comúnmente enredados los otros niños y están envueltos en ella en los vientres de sus madres. Y no me detengo en declarar la causa de donde pudo nacer y originarse el error que se ha introducido de lo contrario. Basta saber y suponer que en la generación del Verbo humanado y en su nacimiento, el brazo poderoso del Altísimo tomó y eligió de la naturaleza todo aquello que pertenecía a la verdad y sustancia de la generación humana, para que el Verbo hecho hombre verdadero, verdaderamente se llamase concebido, engendrado y nacido como hijo de la sustancia de su Madre siempre Virgen. Pero en las demás condiciones que no son de esencia, sino accidentales a la generación y natividad, no sólo se han de apartar de Cristo Señor nuestro y de su Madre santísima las que tienen relación y dependencia de la culpa original o actual, pero otras muchas que no derogán a la sustancia de la generación o nacimiento y en los mismos términos de la naturaleza contienen alguna impuridad o superfluidad no necesaria para que la Reina del cielo se llame Madre verdadera y Cristo Señor nuestro hijo suyo y que nació de ella. Porque ni estos efectos del pecado o naturaleza eran necesarios para la verdad de la humanidad santísima, ni tampoco para el oficio de Redentor o Maestro; y lo que no fue necesario para estos tres fines, y por otra parte redundaba en mayor excelencia de Cristo y de su Madre santísimos, ¿no se ha de negar a entrambos? Ni los milagros que para ello fueron necesarios se han de recatear con el Autor de la naturaleza y gracia y con la que fue su digna Madre, prevenida, adornada y siempre favorecida y hermoseedada; que la divina diestra en todos tiempos la estuvo enriqueciendo de gracias y dones y se

extendió con su poder a todo lo que en pura criatura fue posible.

**478.** Conforme a esta verdad, no derogaba a la razón de madre verdadera que fuese virgen en concebir y parir por obra del Espíritu Santo, quedando siempre virgen. Y aunque sin culpa suya pudiera perder este privilegio la naturaleza, pero faltárale a la divina Madre tan rara y singular excelencia; y porque no estuviese y careciese de ella, se la concedió el poder de su Hijo santísimo. También pudiera nacer el niño Dios con aquella túnica o piel que los demás, pero esto no era necesario para nacer como hijo de su legítima Madre, y por esto no la sacó consigo del vientre virginal y materno, como tampoco pagó a la naturaleza este parto otras pensiones y tributos de menos pureza que contribuyen los demás por el orden común de nacer. El Verbo humanado no era justo que pasase por las leyes comunes de los hijos de Adán, antes era como consiguiente al milagroso modo de nacer, que fuese privilegiado y libre de todo lo que pudiera ser materia de corrupción o menos limpieza; y aquella túnica *secundina* no se había de corromper fuera del virginal vientre, por haber estado tan contigua o continua con su cuerpo santísimo y ser parte de la sangre y sustancia materna; ni tampoco era conveniente guardarla y conservarla, ni que la tocasen a ella las condiciones y privilegios que se le comunican al divino cuerpo, para salir penetrando el de su Madre santísima, como diré luego. Y el milagro con que se había de disponer de esta piel sagrada, si saliera del vientre, se pudo obrar mejor quedándose en él, sin salir fuera.

**479.** Nació, pues, el niño Dios del tálamo virginal solo y sin otra cosa material o corporal que le acompañase, pero salió glorioso y transfigurado; porque la divinidad y sabiduría infinita dispuso y ordenó que la gloria del alma santísima redundase y se comunicase al cuerpo del niño

**Dios al tiempo del nacer, participando los dotes de gloria, como sucedió después en el Tabor (Mt 17, 2) en presencia de los tres Apóstoles. Y no fue necesaria esta maravilla para penetrar el claustro virginal y dejarle ileso en su virginal integridad, porque sin estos dotes pudiera Dios hacer otros milagros: que naciera el niño dejando virgen a la Madre, como lo dicen los doctores santos (S. Tomás, *Summa*, III, q. 28 a. 2 ad 2) que no conocieron otro misterio en esta natividad. Pero la voluntad divina fue que la beatísima Madre viese a su Hijo hombre-Dios la primera vez glorioso en el cuerpo para dos fines: el uno, que con la vista de aquel objeto divino la prudentísima Madre concibiese la reverencia altísima con que había de tratar a su Hijo, Dios y hombre verdadero; y aunque antes había sido informada de esto, con todo eso ordenó el Señor que por este medio como experimental se la infundiese nueva gracia, correspondiente a la experiencia que tomaba de la divina excelencia de su dulcísimo Hijo y de su majestad y grandeza; el segundo fin de esta maravilla fue como premio de la fidelidad y santidad de la divina Madre, para que sus ojos purísimos y castísimos, que a todo lo terreno se habían cerrado por el amor de su Hijo santísimo, le viesen luego en naciendo con tanta gloria y recibiesen aquel gozo y premio de su lealtad y fineza.**

**480. El sagrado Evangelista San Lucas dice (Lc 2, 7) que la Madre Virgen, habiendo parido a su Hijo primogénito, le envolvió en paños y le reclinó en un pesebre. Y no declara quién le llevó a sus manos desde su virginal vientre, porque esto no pertenecía a su intento. Pero fueron ministros de esta acción los dos príncipes soberanos San Miguel y San Gabriel, que como asistían en forma humana corpórea al misterio, al punto que el Verbo humanado, penetrándose con su virtud por el tálamo virginal, salió a luz, en debida distancia le recibieron en sus manos con incomparable reverencia, y**

al modo que el Sacerdote propone al pueblo la Sagrada Hostia para que la adore, así estos dos celestiales ministros presentaron a los ojos de la divina Madre a su Hijo glorioso y refulgente. Todo esto sucedió en breve espacio. Y al punto que los santos Ángeles presentaron al niño Dios a su Madre, recíprocamente se miraron Hijo y Madre santísimos, hiriendo ella el corazón del dulce niño y quedando juntamente llevada y transformada en él. Y desde las manos de los dos santos príncipes habló el Príncipe celestial a su feliz Madre, y la dijo: Madre, asimílate a mí, que por el ser humano que me has dado quiero desde hoy darte otro nuevo ser de gracia más levantado, que siendo de pura criatura se asimile al mío, que soy Dios y hombre por imitación perfecta.— Respondió la prudentísima Madre: *Trahe me post te, in odorem unguentorum tuorum curremos* (Cant 1, 3). Llévame, Señor, tras de ti y correremos en el olor de tus unguentos.—Aquí se cumplieron muchos de los ocultos misterios de los Cantares; y entre el niño Dios y su Madre Virgen pasaron otros de los divinos coloquios que allí se refieren, como: *Mi amado para mí y yo para él* (Cant 2,16), *y se convierte para mí* (Cant 7, 10). *Atiende qué hermosa eres, amiga mía, y tus ojos son de paloma. Atiende qué hermoso eres, dilecto mío* (Cant 1, 14-15); y otros muchos sacramentos que para referirlos sería necesario dilatar más de lo que es necesario este capítulo.

481. Con las palabras que oyó María santísima de la boca de su Hijo dilectísimo juntamente la fueron patentes los actos interiores de su alma santísima unida a la divinidad, para que imitándolos se asimilase a él. Y este beneficio fue el mayor que recibió la fidelísima y dichosa Madre de su Hijo, hombre y Dios verdadero no sólo porque desde aquella hora fue continuo por toda su vida, pero porque fue el ejemplar vivo de donde ella copió la suya, con toda la similitud posible entre la que era pura

criatura y Cristo hombre y Dios verdadero. Al mismo tiempo conoció y sintió la divina Señora la presencia de la Santísima Trinidad, y oyó la voz del Padre eterno que decía: *Este es mi Hijo amado, en quien recibo grande agrado y complacencia* (Mt 17, 5).—Y la prudentísima Madre, divinizada toda entre tan encumbrados sacramentos, respondió y dijo: Eterno Padre y Dios altísimo, Señor y Criador del universo, dadme de nuevo vuestra licencia y bendición para que con ella reciba en mis brazos al deseado de las gentes (Ag 2, 8), y enseñadme a cumplir en el ministerio de madre indigna y de esclava fiel vuestra divina voluntad.—Oyó luego una voz que le decía: Recibe a tu unigénito Hijo, imítale, críale y advierte que me lo has de sacrificar cuando yo te le pida. Aliméntale como madre y reverencíale como a tu verdadero Dios.—Respondió la divina Madre: Aquí está la hechura de vuestras divinas manos, adornadme de vuestra gracia para que vuestro Hijo y mi Dios me admita por su esclava; y dándome la suficiencia de vuestro gran poder, yo acierte en su servicio, y no sea atrevimiento que la humilde criatura tenga en sus manos y alimente con su leche a su mismo Señor y Criador.

482. Acabados estos coloquios tan llenos de divinos misterios, el niño Dios suspendió el milagro o volvió a continuar el que suspendía los dotes y gloria de su cuerpo santísimo, quedando represada sólo en el alma, y se mostró sin ellos en su ser natural y pasible. Y en este estado le vio también su Madre purísima, y con profunda humildad y reverencia, adorándole en la postura que ella estaba de rodillas, le recibió de manos de los Santos Ángeles que le tenían. Y cuando le vio en las suyas, le habló y le dijo: Dulcísimo amor mío, lumbre de mis ojos y ser de mi alma, venid en hora buena al mundo, Sol de Justicia (Mal 4, 2), para desterrar las tinieblas del pecado y de la muerte. Dios verdadero de Dios verdadero, redimid a vuestros siervos, y vea toda carne a quien le

**trae la salud (Is 52, 10). Recibid para vuestro obsequio a vuestra esclava y suplid mi insuficiencia para serviros. Hacedme, Hijo mío, tal como queréis que sea con vos.— Luego se convirtió la prudentísima Madre a ofrecer su Unigénito al eterno Padre, y dijo: Altísimo Criador de todo el universo, aquí está el altar y el sacrificio aceptable a vuestros ojos. Desde esta hora, Señor mío, mirad al linaje humano con misericordia, y cuando merezcamos vuestra indignación, tiempo es de que se aplaque con vuestro Hijo y mío. Descanse ya la justicia, y magnifíquese vuestra misericordia, pues para esto se ha vestido el Verbo divino la similitud de la carne del pecado (Rom 8, 3) y se ha hecho hermano de los mortales y pecadores. Por este título los reconozco por hijos y pido con lo íntimo de mi corazón por ellos. Vos, Señor poderoso, me habéis hecho Madre de vuestro Unigénito sin merecerlo, porque esta dignidad es sobre todos merecimientos de criaturas, pero debo a los hombres en parte la ocasión que han dado a mi incomparable dicha, pues por ellos soy Madre del Verbo humanado pasible y Redentor de todos. No les negaré mi amor, mi cuidado y desvelo para su remedio. Recibid, eterno Dios, mis deseos y peticiones para lo que es de vuestro mismo agrado y voluntad.**

**483. Convirtiósese también la Madre de Misericordia a todos los mortales, y hablando con ellos dijo: Consuélense los afligidos, alégrense los desconsolados, levántense los caídos, pacifíquense los turbados, resuciten los muertos, letifíquense los justos, alégrense los santos, reciban nuevo júbilo los espíritus celestiales, alíviense los profetas y patriarcas del limbo y todas las generaciones alaben y magnifiquen al Señor que renovó sus maravillas. Venid, venid, pobres; llegad, párvulos, sin temor, que en mis manos tengo hecho cordero manso al que se llama león; al poderoso, flaco; al invencible, rendido. Venid por la vida, llegad por la salud, acercaos**

por el descanso eterno, que para todos le tengo y se os dará de balde y le comunicaré sin envidia. No queráis ser tardos y pesados de corazón, oh hijos de los hombres. Y vos, dulce bien de mi alma, dadme licencia para que reciba de vos aquel deseado ósculo de todas las criaturas. — Con esto la felicísima Madre aplicó sus divinos y castísimos labios a las caricias tiernas y amorosas del niño Dios, que las esperaba como Hijo suyo verdadero.

484. Y sin dejarle de sus brazos, sirvió de altar y de sagrario donde los diez mil Ángeles en forma humana adoraron a su Criador hecho hombre. Y como la beatísima Trinidad asistía con especial modo al nacimiento del Verbo encarnado, quedó el cielo como desierto de sus moradores, porque toda aquella corte invisible se trasladó a la feliz cueva de Belén y adoró también a su Criador en hábito nuevo y peregrino. Y en su alabanza entonaron los Santos Ángeles aquel nuevo cántico: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis* (Lc 2, 14). Y con dulcísima y sonora armonía le repitieron, admirados de las nuevas maravillas que veían puestas en ejecución y de la indecible prudencia, gracia, humildad y hermosura de una doncella tierna de quince años, depositaria y ministra digna de tales y tantos sacramentos.

485. Ya era hora que la prudentísima y advertida Señora llamase a su fidelísimo esposo San José, que, como arriba dije (Cf. supra n. 472), estaba en divino éxtasis, donde conoció por revelación todos los misterios del sagrado parto que en aquella noche se celebraron. Pero convenía también que con los sentidos corporales viese y tratase, adorase y reverenciase al Verbo humanado, antes que otro alguno de los mortales, pues él solo era entre todos escogido para dispensarlo fiel de tan alto sacramento. Volvió del éxtasis mediante la



voluntad de su divina Esposa, y restituido en sus sentidos, lo primero que vio fue el niño Dios en los brazos de su virgen Madre, arrimado a su sagrado rostro y pecho. Allí le adoró con profundísima humildad y lágrimas. Besó los pies con nuevo júbilo y admiración, que le arrebatara y disolviera la vida, si no le conservara la virtud divina, y los sentidos perdiera, si no fuera necesario usar de ellos en aquella ocasión. Luego que el santo José adoró al niño, la prudentísima Madre pidió licencia a su mismo Hijo para asentarse, que hasta entonces había estado de rodillas, y administrándole San José los fajos y pañales que traían, le envolvió en ellos con incomparable reverencia, devoción y aliño, y así empañado y fajado, con sabiduría divina le reclinó la misma Madre en el pesebre, como el Evangelista San Lucas dice (Lc 2, 7), aplicando algunas pajas y heno a una piedra, para acomodarle en el primer lecho que tuvo Dios hombre en la tierra fuera de los brazos de su Madre. Vino luego, por voluntad divina, de aquellos campos un buey con suma presteza, y entrando en la cueva se juntó al jumentillo que la misma Reina había llevado; y ella les mandó adorasen con la reverencia que podían y reconociesen a su Criador. Obedecieron los humildes animales al mandato de su Señora y se postraron ante el niño y con su aliento le calentaron y sirvieron con el obsequio que le negaron los hombres. Así estuvo Dios hecho hombre envuelto en paños, reclinado en el pesebre entre dos animales, y se cumplió milagrosamente la profecía: *que conoció el buey a su dueño y el jumento al pesebre de su señor, y no lo conoció Israel, ni su pueblo tuvo inteligencia* (Is 1, 3).

### *Doctrina de la Reina María santísima.*

486. Hija mía, si los mortales tuvieran desocupado el corazón y sano juicio para considerar dignamente este gran sacramento de piedad que el Altísimo obró por

**ellos, poderosa fuera su memoria para reducirlos al camino de la vida y rendirlos al amor de su Criador y Reparador. Porque siendo los hombres capaces de razón, si de ella usaran con la dignidad y libertad que deben, ¿quién fuera tan insensible y duro que no se enterneciera y moviera a la vista de su Dios humanado y humillado a nacer pobre, despreciado, desconocido, en un pesebre entre animales brutos, sólo con el abrigo de una madre pobre y desechada de la estulticia y arrogancia del mundo? En presencia de tan alta sabiduría y misterio, ¿quién se atreverá a amar la vanidad y soberbia, que aborrece y condena el Criador de cielo y tierra con su ejemplo? Ni tampoco podrá aborrecer la humildad, pobreza y desnudez, que el mismo Señor amó y eligió para sí, enseñando el medio verdadero de la vida eterna. Pocos son los que se detienen a considerar esta verdad y ejemplo, y con tan fea ingratitud son pocos los que consiguen el fruto de tan grandes sacramentos.**

**487. Pero si la dignación de mi Hijo santísimo se ha mostrado tan liberal contigo en la ciencia y luz tan clara que te ha dado de estos admirables beneficios del linaje humano, considera bien, carísima, tu obligación y pondera cuánto y cómo debes obrar con la luz que recibes. Y para que correspondas a esta deuda, te advierto y exhorto de nuevo que olvides todo lo terreno y lo pierdas de vista y no quieras ni admitas otra cosa del mundo más de lo que te puede alejar y ocultar de él y de sus moradores, para que desnudo el corazón de todo afecto terreno, te dispongas para celebrar en él los misterios de la pobreza, humildad y amor de tu Dios humanado. Aprende de mi ejemplo la reverencia, temor y respeto con que le has de tratar, como yo lo hacía cuando le tenía en mis brazos; y ejecutarás esta doctrina cuando tú le recibas en tu pecho en el venerable Sacramento de la Eucaristía, donde está el mismo Dios y hombre verdadero que nació de mis entrañas. Y en este**

**Sacramento le recibes y tienes realmente tan cerca, que está dentro de ti misma con la verdad que yo le trataba y tenía, aunque por otro modo.**

**488. En esta reverencia y temor santo quiero que seas extremada, y que también adviertas y entiendas, que con la obra de entrar Dios sacramentado en tu pecho te dice lo mismo que a mí me dijo en aquellas razones: Que me asimilase a él, como lo has entendido y escrito. El bajar del cielo a la tierra, nacer en pobreza y humildad, vivir y morir en ella con tan raro ejemplo y enseñanza del desprecio del mundo y de sus engaños, y la ciencia que de estas obras te ha dado, señalándose contigo en alta y encumbrada inteligencia y penetración, todo esto ha de ser para ti una voz viva que debes oír con íntima atención de tu alma y escribirla en tu corazón, para que con discreción hagas propios los beneficios comunes y entiendas que de ti quiere mi Hijo santísimo y mi Señor los agradezcas y recibas, como si por ti (Gal 2, 20) sola hubiera bajado del cielo a redimirte y obrar todas las maravillas y doctrina que dejó en su Iglesia santa.**

## **CAPITULO 11**

***Cómo los santos Ángeles evangelizaron en diversas partes el nacimiento de nuestro Salvador, y los pastores vinieron a adorarle.***

**489. Habiendo celebrado los cortesanos del cielo en el portal de Belén el nacimiento de su Dios humanado y nuestro Reparador, fueron luego despachados algunos de ellos por el mismo Señor a diversas partes, para que evangelizasen las dichosas nuevas a los que según la divina voluntad estaban dispuestos para oírlas. El santo príncipe Miguel fue a los santos padres del limbo y les anunció cómo el Unigénito del Padre eterno hecho hombre había ya nacido y quedaba en el mundo y en un**

**pesebre entre animales, humilde y manso cual ellos le habían profetizado. Y especialmente habló a los santos Joaquín y Ana de parte de la dichosa Madre, porque ella misma se lo ordenó, y les dio la enhorabuena de que ya tenía en sus brazos al deseado de las gentes y prenunciado de todos los profetas y patriarcas. Fue el día de mayor consuelo y alegría que en su largo destierro había tenido toda aquella gran congregación de justos y santos. Y reconociendo todos al nuevo Hombre y Dios verdadero por autor de la salud eterna, hicieron nuevos cánticos en su alabanza y le adoraron y dieron culto. San Joaquín y Santa Ana, por medio del paraninfo del cielo San Miguel, pidieron a María su hija santísima que en su nombre reverenciase al niño Dios, fruto bendito de su virginal vientre, y así lo hizo luego la gran Reina del mundo, oyendo con extremado júbilo todo lo que el santo Príncipe le refirió de los padres del limbo.**

**490. Otro Ángel de los que guardaban y asistían a la divina Madre fue enviado a Santa Isabel y su hijo San Juan Bautista, y habiéndoles anunciado la nueva natividad del Redentor, la prudente matrona con su hijo, aunque era tan niño y tierno, se postraron en tierra y adoraron a su Dios humanado en espíritu y verdad (Jn 4, 23). Y el niño que estaba consagrado para su precursor fue renovado interiormente con nuevo espíritu más inflamado que el de Elías, causando estos misterios en los mismos Ángeles nueva admiración y alabanza. Pidieron también San Juan Bautista y su madre a nuestra Reina, por medio de los Ángeles, que en nombre de los dos adorase a su Hijo santísimo y los ofreciese de nuevo a su servicio; y todo lo cumplió luego la Reina celestial.**

**491. Con este aviso despachó luego Santa Isabel un propio a Belén y con él envió un regalo a la feliz Madre del niño Dios, que fue algún dinero, lienzo y otras cosas para abrigo del recién nacido y de su pobre Madre y**

esposo. Fue el propio con solo orden que visitase a su prima y a San José y que atendiese a la comodidad y necesidad que tuviesen, y de esto y su salud trajese nuevas ciertas. No tuvo este hombre más noticia del sacramento que sólo lo exterior que vio y reconoció, pero admirado y tocado de una fuerza divina volvió renovado interiormente y con júbilo admirable contó a Santa Isabel la pobreza y agrado de su deuda y del niño y San José, y los efectos que de verlo todo había sentido; y en el corazón dispuesto de la piadosa matrona fueron admirables los que obró tan sincera relación. Y si no interviniera la voluntad divina para el secreto y recato de tan alto sacramento, no se pudiera contener para dejar de visitar a la Madre Virgen y al niño Dios recién nacido. De las cosas que les envió tomó alguna parte la Reina, para suplir en algo la pobreza en que se hallaba, y lo demás distribuyó con los pobres; que de éstos no quiso le faltase compañía los días que estuvo en el portal o cueva del nacimiento.

492. Fueron también otros Ángeles a dar las mismas nuevas a San Zacarías, a San Simeón y Santa Ana la Profetisa, y a otros algunos justos y santos, de quienes se pudo fiar el nuevo misterio de nuestra redención; porque hallándolos el Señor dignamente prevenidos para recibirle con alabanza y fruto, parecía como deuda a su virtud no ocultarle el beneficio que se concedía al linaje humano. Y aunque no todos los justos de la tierra conocieron entonces este sacramento, pero en todos hubo algunos efectos divinos en la hora que nació el Salvador del mundo, porque todos los que estaban en gracia sintieron interior júbilo, nuevo y sobrenatural, ignorando la causa en particular. Y no sólo hubo mutaciones en los ángeles y en los justos, sino en otras criaturas insensibles, porque todas las influencias de los planetas se renovaron y mejoraron. El sol apresuró mucho su curso, las estrellas dieron mayor resplandor, y para los

**Reyes magos se formó aquella noche la milagrosa estrella (Mt 2, 2) que los encaminó a Belén; muchos árboles dieron flor y otros frutos, algunos templos de ídolos se arruinaron y otros ídolos cayeron y salieron de ellos demonios. Y de todos estos milagros, y otros que fueron manifiestos al mundo aquel día, daban diferentes causas los hombres desatinando en la verdad. Sólo entre los justos hubo muchos que con impulso divino sospecharon o creyeren que Dios había venido al mundo, aunque con certeza nadie lo supo, fuera de aquellos a quienes él mismo lo reveló. Entre ellos fueron los tres Reyes magos, a quienes enviaron otros Ángeles de los custodios de la Reina, que a cada uno singularmente, donde estaban en las partes del oriente, les revelaran intelectualmente por habla interior cómo el Redentor del linaje humano había nacido en pobreza y humildad. Y con esta revelación se les infundieron nuevos deseos de buscarle y adorarle, y luego vieron la señalada estrella que los encaminó a Belén, como diré adelante (Cf. infra p.II n. 552ss).**

**493. Entre todos fueron muy dichosos los pastores (Lc 2, 8) de aquella región, que desvelados guardaban sus rebaños a la misma hora del nacimiento. Y no sólo porque velaban con aquel honesto cuidado y trabajo que padecían por Dios, mas también porque eran pobres, humildes y despreciados del mundo, justos y sencillos de corazón, eran de los que en el pueblo de Israel esperaban con fervor y deseaban la venida del Mesías, y de ella hablaban y conferían repetidas veces. Tenían mayor semejanza con el autor de la vida, tanto cuanto eran más disímiles del fausto, vanidad y ostentación mundana y lejos de su diabólica astucia. Representaban con estas nobles condiciones el oficio que venía a ejercer el pastor bueno, a reconocer sus ovejas y ser de ellas reconocido (Jn 10, 14). Por estar en tan conveniente disposición, merecieron ser citados y convidados como**

primicias de los Santos por el mismo Señor, para que entre los mortales fuesen ellos los primeros a quien se manifestase y comunicase el Verbo eterno humanado, y de quien se diese por alabado, servido y adorado. Para esto fue enviado el mismo Arcángel San Gabriel y, hallándolos en su vigilia, se les apareció en forma humana visible con gran resplandor de candidísima luz.

494. Halláronse los pastores repentinamente rodeados y bañados de celestial resplandor, y con la vista del Ángel, como poco ejercitados en tales revelaciones, temieron con gran pavor. Y el santo príncipe los animó, y les dijo: Hombres sinceros, no queráis temer, que os Evangelizo un grande gozo, y es que para vosotros ha nacido hoy el Salvador Cristo Señor nuestro en la ciudad de David. Y os doy por señal de esta verdad, que hallaréis al infante envuelto en paños y puesto en un pesebre. — A estas palabras del Santo Arcángel sobrevino de improviso gran multitud de celestial milicia, que con dulces voces y armonía alabaron al Muy Alto, y dijeron: Gloria en las alturas a Dios y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Lc 2, 9ss). — Y repitiendo este divino cántico tan nuevo en el mundo, desaparecieron los Santos Ángeles; sucediendo todo esto en la cuarta vigilia de la noche. Con esta visión angélica quedaron los humildes y dichosos pastores llenos de luz divina, encendidos y fervorosos, con deseo uniforme de lograr su felicidad y llegar a reconocer con sus ojos el misterio altísimo que ya habían percibido por el oído.

495. Las señas que les dio el Santo Ángel no parecían muy a propósito ni proporcionadas con los ojos de la carne para la grandeza del recién nacido; porque estar en un pesebre envuelto en humildes y pobres paños, no fueran indicios eficaces para conocer la majestad de rey, si no la penetraran con divina luz, de que fueron

**ilustrados y enseñados. Y porque estaban desnudos de la arrogancia y sabiduría mundana, fueron brevemente instruidos en la divina. Y confiriendo entre sí mismos lo que cada uno sentía de la nueva embajada, se determinaron de ir a toda prisa a Belén y ver la maravilla que habían oído de parte del Señor. Partieron luego sin dilación, y entrando en la cueva o portal hallaron, como dice el Evangelista San Lucas (Lc 2, 9ss), a María, a José y al infante reclinado en el pesebre. Y viendo todo esto conocieron la verdad de lo que habían oído del niño. A esta experiencia y visión se siguió una ilustración interior que recibieron con la vista del Verbo humanado; porque cuando los pastores pusieron en él los ojos, el mismo niño divino también los miró, despidiendo de su rostro grande resplandor, con cuyos rayos y refulgencia hirió el corazón sencillo de cada uno de aquellos pobres y felices hombres, y con eficacia divina los trocó y renovó en nuevo ser de gracia y santidad, dejándolos elevados y llenos de ciencia divina de los misterios altísimos de la encarnación y redención del linaje humano.**

**496. Postráronse todos en tierra y adoraron al Verbo humanado, y no ya como hombres rústicos e ignorantes, sino como sabios y prudentes le alabaron, confesaron y engrandecieron por verdadero Dios y hombre, Reparador y Redentor del linaje humano. La divina Señora y Madre del infante Dios estaba atenta a todo lo que decían, hacían y obraban los pastores, exterior e interior, por que penetraba lo íntimo de sus corazones. Y con altísima sabiduría y prudencia confería y guardaba todas estas cosas en su pecho (Lc 2, 19), careándolas con los misterios que en él tenía y con las Santas Escrituras y profecías. Y como ella era entonces el órgano del Espíritu Santo y la lengua del infante, habló a los pastores y los instruyó, amonestó y exhortó a la perseverancia en el amor divino y servicio del Altísimo. Ellos también la preguntaron a su modo y respondieron muchas cosas de**



los misterios que habían conocido; y estuvieron en el portal desde el punto de amanecer hasta después del mediodía, que habiéndoles dado de comer nuestra gran Reina, los despidió llenos de gracias y consolación celestial.

497. En los días que estuvieron en el portal María santísima, el Niño Dios y San José, volvieron algunas veces a visitarlos estos Santos Pastores y les trajeron algunos regalos de lo que su pobreza alcanzaba. Y lo que el Evangelista San Lucas dice (Lc 2, 18), que se admiraban los que oyeron hablar a los pastores de lo que habían visto, no sucedió hasta después que la Reina con el Niño Dios y San José se fue y se alejó de Belén; porque lo dispuso así la divina sabiduría y que no lo pudiesen publicar antes los pastores. Y no todos los que los oyeron les dieron crédito, juzgándolos algunos por gente rústica e ignorante, pero ellos fueron santos y llenos de ciencia divina hasta la muerte. Entre los que les dieron crédito fue Herodes, aunque no por fe ni piedad santa, sino por el temor mundano y pésimo de perder el reino. Y entre los niños que quitó la vida, fueron algunos hijos de estos santos hombres, que también merecieron esta grande dicha, y sus padres los ofrecieron con alegría al martirio, que ellos deseaban, y a padecer por el Señor que conocían.

*Doctrina de la Reina del cielo María santísima.*

498. Hija mía, tan reprehensible es como ordinario y común entre los mortales el olvido y poca advertencia en las obras de su Reparador, siendo así que todas fueron misteriosas, llenas de amor, de misericordia y enseñanza para ellos. Tú fuiste llamada y escogida para que con la ciencia y luz que recibes no incurras en esta peligrosa torpeza y grosería; y así quiero que en los misterios que has escrito ahora atiendas y ponderes el ardentísimo

amor de mi Hijo santísimo en comunicarse a los hombres luego que nació en el mundo, para que sin dilación participasen el fruto y alegría de su venida. No conocen esta obligación los hombres, porque son pocos los que penetran las que tienen a tan singulares beneficios, como también fue poco el número de los que en naciendo vieron al Verbo humanado y le agradecieron su venida. Pero ignoran la causa de su desdicha y ceguera, que ni fue ni es de parte del Señor ni de su amor, sino de los pecados y mala disposición de los mismos hombres; porque si no lo impidiera o desmereciera su mal estado, a todos o a muchos se les hubiera dado la misma luz que se les dio a los justos, a los pastores y a los Santos Reyes. Y de haber sido tan pocos, entenderás cuan infeliz estado tenía el mundo cuando el Verbo humanado nació en él; y el desdichado que ahora tiene, cuando están con más evidencia y tan pocas memorias para el retorno debido.

499. Pondera ahora la indisposición de los mortales en el siglo presente, donde estando la luz del Evangelio tan declarada y confirmada con las obras y maravillas que Dios ha obrado en su Iglesia, con todo eso son tan pocos los perfectos y que se quieran disponer para la mayor participación de los efectos y fruto de la redención. Y aunque por ser tan dilatado el número de los necios (Ecl 1, 15) y tan desmesurados los vicios, piensan algunos que son muchos los perfectos, porque no los ven tan atrevidos contra Dios, no son tantos como se piensa, y muchos menos de los que debían ser, cuando está Dios tan ofendido de los infieles y tan deseoso de comunicar los tesoros de su gracia a la Iglesia santa por los merecimientos de su Unigénito hecho hombre. Advierte, pues, carísima, a qué te obliga la noticia tan clara que recibes de estas verdades. Vive atenta, cuidadosa y desvelada para corresponder a quien te obliga tanto, sin que pierdas tiempo, ni lugar, ni ocasión en obrar lo más santo y perfecto que conoces; pues no cumplirás con

menos. Mira que te amonesto, compelo y mando que no recibas en vano (2 Cor 6,1) favor tan singular, no tengas ociosa la gracia y la luz, sino obra con plenitud de perfección y agradecimiento.

## CAPITULO 12

*Lo que se le ocultó al demonio del misterio del nacimiento del Verbo humanado y otras cosas hasta la circuncisión.*

500. Para todos los mortales fue dichosa y felicísima la venida del Verbo eterno humanado al mundo, cuanto era de parte del mismo Señor, porque vino para dar vida y luz a todos los que estábamos en las tinieblas y sombras de la muerte (Lc 1, 79). Y si los precitos e incrédulos tropezaron y ofenden en esta piedra (Rom 9,33) angular, buscando su ruina donde podían y debían hallar la resurrección a la eterna vida, esto no fue culpa de la piedra, mas antes de quien la hizo piedra de escándalo, ofendiendo en ella. Sólo para el infierno fue terrible la natividad del niño Dios, que era el fuerte y el invencible que venía a despojar de su tirano imperio a aquel fuerte armado (Lc 11, 21) de la mentira, que guardaba su castillo con pacífica pero injusta posesión de largo tiempo. Para derribar a este príncipe del mundo y de las tinieblas fue justo que se le ocultase el sacramento de esta venida del Verbo, pues no sólo era indigno por su malicia para conocer los misterios de la sabiduría infinita, pero convenía que la Divina Providencia diese lugar para que la propia malicia de este enemigo le cegase y oscureciese; pues con ella había introducido en el mundo el engaño y ceguera de la culpa, derribando a todo el linaje de Adán en su caída.

501. Por esta disposición divina se le ocultaron a Lucifer y sus ministros muchas cosas que

naturalmente pudieran conocer en la natividad del Verbo y en el discurso de su vida santísima, como en esta Historia es forzoso repetir algunas veces (Cf. supra n. 326; infra n. 928, 937, 995). Porque si conociera con certeza que Cristo era Dios verdadero, es evidente que no le procurara la muerte, antes se la impidiera (1 Cor 2, 8), de que diré más en su lugar (Cf. infra n. 1205, 1251, 1324) . En el misterio de la natividad sólo conoció que María santísima había parido un hijo en pobreza y en el portal desamparado y que no halló posada ni abrigo, y después la circuncisión del niño y otras cosas que supuesta su soberbia más podían deslumbrarle la verdad que declarársela. Pero no conoció el modo del nacimiento, ni que la feliz Madre quedó Virgen, ni que lo estaba antes, ni conoció las embajadas de los Ángeles a los justos, ni a los pastores, ni sus pláticas, ni la adoración que dieron al niño Dios, ni después vio la estrella, ni supo la causa de la venida de los Santos Reyes Magos, y aunque los vieron hacer la jornada juzgaron era por otros fines temporales. Tampoco penetraron la causa de la mudanza que hubo en los elementos, astros y planetas, aunque vieron sus mutaciones y efectos, pero se les ocultó el fin y la plática que los Magos tuvieron con Herodes, y su entrada en el portal y la adoración y dones que ofrecieron. Y aunque conocieron el furor de Herodes, a que ayudaron contra los niños, pero no entendieron su depravado intento por entonces, y así fomentaron su crueldad. Y aunque Lucifer conjeturó si buscaba al Mesías, parecióle disparate y hacía irrisión de Herodes, porque en su soberbio juicio era desatino pensar que el Verbo, cuando venía a señorearse del mundo, fuese con modo oculto y humilde, sino con ostentoso poder y majestad, de que estaba tan lejos el Niño Dios, nacido de madre pobre y despreciada de los hombres.

502. Con este engaño Lucifer, habiendo reconocido

algunas novedades de las que sucedieron en la natividad, juntó a sus ministros en el infierno, y les dijo: No hallo causa para temer por las cosas que en el mundo hemos reconocido, porque la mujer a quien tanto hemos perseguido, aunque ha parido un hijo, pero esto ha sido en suma pobreza, y tan desconocido que no halló una posada donde recogerse; y todo esto bien conocemos cuan lejos está del poder que Dios tiene y de su grandeza. Y si ha de venir contra nosotros, como no se nos ha mostrado y entendido no son fuerzas las que tiene para resistir a nuestra potencia, no hay que temer que éste sea el Mesías, y más viendo que tratan de circuncidarlo como a los demás hombres; que esto no viene a propósito con haber de ser salvador del mundo, pues él necesita del remedio de la culpa. Todas estas señales son contra los intentos de venir Dios al mundo, y me parece podemos estar seguros por ahora de que no ha venido. — Aprobaron los ministros de maldad este juicio de su dañada cabeza y quedaron satisfechos de no haber nacido el Mesías, porque todos eran cómplices en la malicia que los oscurecía y persuadía (Sab 2, 21). No cabía en la vanidad y soberbia implacable de Lucifer que se humillase la Majestad y Grandeza; y como él apetecía el aplauso y ostentación, reverencia y magnificencia, y si pudiera conseguir y alcanzar que todas las criaturas le adoraran las obligara a ello, por esto no cabía en su juicio que, siendo todopoderoso Dios para hacerlo, consintiese lo contrario y se sujetase a la humildad, que él tanto aborrecía.

503. Oh hijos de la vanidad, ¡qué ejemplares son éstos para nuestro desengaño! Mucho nos debe atraer y compeler la humildad de Cristo nuestro bien y maestro, pero si ésta no nos mueve, deténganos y atemorícenos la soberbia de Lucifer. ¡Oh vicio y pecado formidable sobre toda ponderación humana; pues a un ángel lleno de ciencia de tal manera le oscureciste, que de la bondad

**infinita del mismo Dios aun no pudo hacer otro juicio más del que hizo de sí mismo y de su propia malicia! Pues ¿qué discurrirá el hombre, que por sí es ignorante, si se le junta la soberbia y la culpa? ¡Oh infeliz y estultísimo Lucifer! ¿Cómo desatinaste en una cosa tan llena de razón y hermosura? ¿Qué hay más amable que la humildad y mansedumbre junta con la majestad y el poder? ¿Por qué ignoras, vil criatura, que el no saberse humillar es flaqueza de juicio y nace de corazón abatido?. El que es magnánimo y verdaderamente grande no se paga de la vanidad, ni sabe apetecer lo que es tan vil, ni le puede satisfacer lo falaz y aparente. Manifiesta cosa es que para la verdad eres tenebroso y ciego y guía oscurísima de los ciegos (Mt 15,14), pues no alcanzaste a conocer que la grandeza y bondad del amor divino se manifestaba y engrandecía con humildad y obediencia hasta la muerte de cruz (Flp 2, 8).**

**504. Todos los engaños y demencia de Lucifer y sus ministros miraba la Madre de la sabiduría y Señora nuestra, y con digna ponderación de tan altos misterios confesaba y bendecía al Señor, porque los ocultaba de los soberbios y arrogantes y los revelaba a los humildes y pobres (Mt 11, 25), comenzando a vencer la tiranía del demonio. Hacía la piadosa Madre fervientes oraciones y peticiones por todos los mortales, que por sus propias culpas eran indignos de conocer luego la luz que para su remedio había nacido en el mundo, y todo lo presentaba a su Hijo dulcísimo con incomparable amor y compasión de los pecadores. Y en estas obras gastaba la mayor parte del tiempo que se detuvo en el portal del nacimiento. Pero como aquel puesto era desacomodado y tan expuesto a las inclemencias del tiempo, estaba la gran Señora más cuidadosa del abrigo de su tierno y dulce infante, y como prudentísima trajo prevenido un mantillo con que abrigarle, a más de los fajos ordinarios, y cubriéndole con él le tenía continuamente en el**

sagrado tabernáculo de sus brazos, si no es cuando se le daba a su esposo San José, que para hacerle más dichoso quiso también le ayudase en esto y sirviese a Dios humanado en el ministerio de padre.

**505.** La primera vez que el santo esposo recibió al Niño Dios en los brazos, le dijo María santísima: Esposo y amparo mío, recibid en vuestros brazos al Criador del cielo y tierra y gozad su amable compañía y dulzura, para que mi Señor y Dios tenga en vuestro obsequio sus regalos y delicias (Prov 8, 31). Tomad el tesoro del eterno Padre y participad del beneficio del linaje humano. — Y hablando interiormente con el niño Dios, le dijo: Amor dulcísimo de mi alma y lumbre de mis ojos, descansad en los brazos de vuestro siervo y amigo José mi esposo; tened con él vuestros regalos y por ellos disimulad mis groserías. Siento mucho estar sin vos un solo instante, pero a quien es digno quiero sin envidia comunicar el bien (Sab 7,13) que con verdad recibo. — El fidelísimo esposo, reconociendo su nueva dicha, se humilló hasta la tierra y respondió: Señora y Reina del mundo, esposa mía, ¿cómo yo, indigno, me atreveré a tener en mis brazos al mismo Dios, en cuya presencia tiemblan las columnas del cielo (Job 26, 11)? ¿Cómo este vil gusanillo tendrá ánimo para admitir tan peregrino favor? Polvo y ceniza soy, pero vos, Señora, suplid mi poquedad y pedid a Su Alteza me mire con clemencia y me disponga con su gracia.

**506.** Entre el deseo de recibir al Niño Dios y el temor reverencial que detenía al santo esposo, hizo actos heroicos de amor, de fe, de humildad y profunda reverencia, y con ella y un temblor prudentísimo, puesto de rodillas, le recibió de las manos de su Madre santísima, derramando dulcísimas y copiosas lágrimas de júbilo y alegría tan nueva para el dichoso santo, como lo era el beneficio. El niño Dios le miró con

semblante caricioso y al mismo tiempo le renovó todo en el interior con tan divinos efectos, que no es posible reducirlos a palabras. Hizo el santo esposo nuevos cánticos de alabanza, hallándose enriquecido con tan magníficos beneficios y favores. Y después que por algún tiempo había gozado su espíritu de los efectos dulcísimos que recibió de tener en sus manos al mismo Señor que en la suya encierra los cielos y la tierra, se le volvió a la feliz y dichosa Madre, estando entrambos María y José arrodillados para darle y recibirle. Y con esta reverencia le tomaba siempre y le dejaba de sus brazos la prudentísima Señora, y lo mismo hacía su esposo cuando le tocaba esta dichosa suerte. Y antes de llegar a Su Majestad, hacían tres genuflexiones, besando la tierra con actos heroicos de humildad, culto y reverencia que ejercitaban la gran Reina y el bienaventurado San José, cuando le daban y recibían de uno a otro.

507. Cuando la divina Madre juzgó que ya era tiempo de darle el pecho, con humilde reverencia pidió licencia a su mismo Hijo, porque si bien le debía alimentar como a Hijo y hombre verdadero, le miraba juntamente como a verdadero Dios y Señor y conocía la distancia del ser divino infinito al de pura criatura, como ella era. Y como esta ciencia en la prudentísima Virgen era indefectible, sin mengua ni intervalo, ni una pequeña inadvertencia no tuvo. Siempre atendía a todo y comprendía y obraba con plenitud lo más alto y perfecto, y así cuidaba de alimentar, servir y guardar a su niño Dios, no con conturbada solicitud, sino con incesante atención, reverencia y prudencia, causando nueva admiración a los mismos Ángeles, cuya ciencia no llegaba a comprender las heroicas obras de una doncella tierna y niña. Y como siempre la asistían corporalmente desde que estuvo en el portal del nacimiento, la servían y administraban en todas las cosas que eran necesarias para el obsequio del



**Niño Dios y de la misma Madre. Y todos juntos estos misterios son tan dulces y admirables y tan dignos de nuestra atención y memoria, que no podemos negar cuan reprehensible es nuestra grosería en olvidarlos y cuan enemigos somos de nosotros mismos privándonos de su memoria y los divinos efectos que con ella sienten los hijos fieles y agradecidos.**

**508. Con la inteligencia que se me ha dado de la veneración con que María santísima y el glorioso San José trataban al niño Dios humanado y la reverencia de los coros angélicos, pudiera alargar mucho este discurso; pero aunque no lo hago, quiero confesar me hallo en medio de esta luz muy turbada y reprendida, conociendo la poca veneración con que audazmente he tratado con Dios hasta ahora, y las muchas culpas que en esto he cometido se me han hecho patentes. Para asistir en estas obras a la Reina, todos los Ángeles Santos que la acompañaban estuvieron en forma humana visible, desde el nacimiento hasta que con el niño fue a Egipto, como adelante diré (Cfr. infra n. 619ss). Y el cuidado de la humilde y amorosa Madre con su Niño Dios era tan incesante, que sólo para tomar algún sustento le dejaba de sus brazos en los de San José algunas veces y otras en los de los Santos Príncipes Miguel y Gabriel; porque estos dos Arcángeles le pidieron que mientras comían o trabajaba San José, se le diese a ellos. Y así lo dejaba en manos de los Ángeles, cumpliéndose admirablemente lo que dijo David (Sal 90,12): *En sus manos te llevarán, etc.* No dormía la diligentísima Madre por guardar a su Hijo santísimo, hasta que Su Majestad le dijo que durmiese y descansase. Y para esto, en premio de su cuidado, le dio un linaje de sueño más nuevo y milagroso del que hasta entonces había tenido, cuando juntamente dormía y su corazón velaba, continuando o no interrumpiendo las inteligencias y contemplación divina. Pero desde este día añadió el Señor otro milagro a éste, y fue que dormía la**

gran Señora lo que era necesario y tenía fuerza en los brazos para sustentar y tener al Niño como si velara, y le miraba con el entendimiento, como si le viera con los ojos del cuerpo, conociendo intelectualmente todo lo que hacía ella y el Niño exteriormente. Y con esta maravilla se ejecutó lo que dijo en los Cantares (Cant 5, 2): *Yo duermo y mi corazón vela.*

509. Los cánticos de alabanza y gloria del Señor que hacía nuestra Reina celestial al niño, alternando con los Santos Ángeles y también con su esposo San José, no puedo explicarlos con mis cortas razones y limitados términos; y de solo esto había mucho que escribir porque eran muy continuos, pero su noticia está reservada para especial gozo de los escogidos. Entre los mortales fue dichosísimo y privilegiado en esto él fidelísimo San José, que muchas veces los participaba y entendía. Y a más de este favor gozaba de otro para su alma de singular aprecio y consuelo, que la prudentísima esposa le daba; porque muchas veces hablando con él del Niño le nombrada *nuestro Hijo*, no porque fuese hijo natural de San José el que sólo era hijo del eterno Padre y de sola su Madre Virgen, pero porque en el juicio de los hombres era reputado por hijo de San José. Y este favor y privilegio del Santo era de incomparable gozo y estimación para él, y por esto se le renovaba la divina Señora su esposa. [San José es padre putativo de Jesús].

*Doctrina que me dio la Reina y Señora del cielo.*

510. Hija mía, véote con devota emulación de la dicha de mis obras, de las de mi esposo y de mis Ángeles en la compañía de mi Hijo santísimo, porque le teníamos a la vista como tú lo desearas, si fuera posible. Y quiero consolarte y encaminar tu afecto en lo que debes y puedes obrar según tu condición, para conseguir en el grado posible la felicidad que en nosotros ponderas y te

**lleva el corazón. Advierte, pues, carísima, lo que bastamente has podido conocer de los diferentes caminos por donde lleva Dios en su Iglesia a las almas a quienes ama y busca con paternal afecto. Esta ciencia has podido alcanzar con la experiencia de tantos llamamientos y luz particular como has recibido, hallando siempre al Señor a las puertas de tu corazón, llamando (Ap 3, 20) y esperando tanto tiempo, solicitándote con repetidos favores y doctrina altísima, para enseñarte y asegurarte de que su dignación te ha dispuesto y señalado para el estrecho vínculo de amor y trato suyo, y para que tú con atentísima solicitud procures la pureza grande que para esta vocación se requiere.**

**511. Tampoco ignoras, pues te lo enseña la fe, que Dios está en todo lugar por presencia, esencia y potencia de su divinidad, y que le son patentes todos tus pensamientos, tus deseos y gemidos, sin que ninguno se le oculte. Y si con esta verdad trabajas como fiel sierva para conservar la gracia que recibes por medio de los sacramentos santos y por otros conductos de la divina disposición, estará contigo el Señor por otro modo de especial asistencia, y con ella te amará y regalará como a esposa dilecta suya. Pues si todo esto conoces y lo entiendes, dime ahora, ¿qué te queda que desear y envidiar, cuando tienes el lleno de tus ansias y suspiros? Lo que te resta y yo de ti quiero, es que con esa emulación santa trabajes por imitar la conversación y condición de los Ángeles, la pureza de mi esposo, y copiar en ti la forma de mi vida, en cuanto fuere posible, para que seas digna morada del Altísimo. En ejecutar esta doctrina has de poner todo el conato y deseo o emulación con que quisieras haberte hallado, donde vieras y adoraras a mi Hijo santísimo en su nacimiento y niñez; porque si me imitas, segura puedes estar que me tendrás por tu maestra y amparo, y al Señor en tu alma con segura posesión. Y con esta certeza le puedes hablar,**

regalándote con él y abrazándole, como quien le tiene consigo, pues para comunicar estas delicias con las almas puras y limpias tomó carne humana y se hizo Niño. Pero siempre le mira como a grande y como Dios, aunque Niño, para que las caricias sean con reverencia y el amor con el santo temor; pues lo uno se le debe, y a lo otro se digna por su inmensa bondad y magnífica misericordia.

512. En este trato del Señor has de ser continua y sin intervalos de tibieza que le cause hastío, porque tu ocupación legítima y de asiento ha de ser el amor y alabanza de su ser infinito. Todo lo demás quiero que tomes muy de paso, de manera que apenas te hallen las cosas visibles y terrenas para detenerte un punto en ellas. En este vuelo te has de juzgar, y que no tienes otra cosa a que atender de veras, fuera del sumo y verdadero bien que buscas. A mí sola has de imitar, sólo para Dios has de vivir; todo lo demás ni ha de ser para ti, ni tú para ello. Pero los dones y bienes que recibes, quiero los dispenses y comuniques para beneficio de tus prójimos, con el orden de la caridad perfecta, que por eso no se evacúa (1 Cor 13, 8), antes se aumenta más. En esto has de guardar el modo que te conviene, según tu condición y estado, como otras veces te he mostrado y enseñado.

## **CAPITULO 13**

*Conoció María santísima la voluntad del Señor para que su Hijo unigénito se circuncidase, y trátalo con San José; viene del cielo el nombre santísimo de Jesús.*

513. Luego que la prudentísima Virgen se halló Madre con la encarnación del Verbo divino en sus entrañas, comenzó a conferir consigo misma los trabajos y penalidades que su Hijo dulcísimo venía a padecer. Y como la noticia que tenía de las Escrituras era tan profunda, comprendía en ellas todos los misterios que

contenían, y con esta ciencia iba previniendo y pesando con incomparable compasión lo que había de padecer por la redención humana. Este dolor previsto y prevenido con tanta ciencia, fue un prolongado martirio de la mansísima Madre del Cordero que había de ser sacrificado. Pero en cuanto al misterio de la circuncisión, que había de ser tras del nacimiento, no tenía la divina Señora orden expreso ni conocimiento de la voluntad del eterno Padre. Con esta suspensión solicitaba la compasión, los afectos y dulce voz de la tierna y amorosa Madre. Consideraba ella con su prudencia que su Hijo santísimo venía a honrar su ley, acreditándola con guardarla y confirmándola con la ejecución y cumplimiento, y que a más de esto venía a padecer por los hombres y que su ardentísimo amor no rehusaba el dolor de la circuncisión, y que por otros fines podría ser conveniente admitirla.

514. Por otra parte, el maternal amor y compasión la inclinaban a excusar a su dulcísimo niño de padecer esta penalidad, si fuera posible; y también porque la circuncisión era sacramento para limpiar del pecado original, de que el infante Dios estaba tan libre, sin haberle contraído en Adán. Con esta indiferencia entre el amor de su Hijo santísimo y la obediencia del eterno Padre, hizo la prudentísima Señora muchos actos heroicos de virtudes, de incomparable agrado para Su Majestad. Y aunque pudiera salir de esta duda, preguntando al Señor luego lo que había de hacer, pero como era igualmente prudente y humilde se detenía. Ni tampoco lo preguntó a sus Ángeles, porque con admirable sabiduría aguardaba el tiempo y sazón oportuno y conveniente de la Divina Providencia en todas las cosas y jamás se adelantaba con ahogo ni curiosidad a inquirir ni saber las cosas por orden sobrenatural extraordinario, y mucho menos cuando esto había de ser para aliviarse de alguna pena. Y cuando

ocurría negocio grave y dudoso, en que se podía atravesar ofensa del Señor, o algún urgente suceso para el bien de las criaturas en que era necesario saber la divina voluntad, pedía primero licencia para suplicarle la declarase su agrado y beneplácito.

515. Y no es esto contrario a lo que en otra parte dejo escrito en el primer tomo, lib. II, cap. 10, que María santísima nada hacía sin pedir al Señor licencia y consultarlo con Su Majestad, porque esta conferencia y conocimiento del beneplácito divino no era inquiriendo con deseo de extraordinaria revelación, que en esto, como queda dicho, era detenida y prudentísima, y en casos raros las pedía; pero sin nueva revelación consultaba la luz habitual y sobrenatural del Espíritu Santo, que la gobernaba y encaminaba en todas sus acciones, y levantando allí la vista interior, conocía en ella la mayor perfección y santidad en obrar las cosas y en las acciones comunes. Y aunque es verdad que la Reina del cielo tenía diferentes razones y como especial derecho para pedir al Señor el conocimiento de su voluntad por cualquier modo, pero como era la gran Señora ejemplar y norma de santidad y discreción, no se valía de este orden y gobierno, salvo en los casos que convenía, y en lo demás se regía cumpliendo a la letra lo que dijo David (Sal 122, 2): *Como los ojos de la esclava en las manos de su señora, así están mis ojos en las del Señor, hasta que su misericordia sea con nosotros.* Pero esta luz ordinaria en la Señora del mundo era mayor que en todos los mortales juntos, y en ella pedía el *fiat* que conocía de la voluntad divina.

516. El misterio de la circuncisión era particular y único y pedía especial ilustración del Señor, y ésta esperaba la prudente Madre oportunamente; y en el ínterin, hablando con la ley que la ordenaba, decía entre sí misma: ¡Oh ley común, justa y santa eres, pero muy dura para mi

corazón, si le has de herir en quien es su vida y dueño verdadero! ¡Que seas rigurosa para limpiar de culpa a quien la tiene, justo es; pero que ejecutes tu fuerza en el inocente que no pudo tener delito, exceso de rigor parece, si no te acredita su amor! ¡Oh si fuera gusto de mi amado excusar esta pena! Pero ¿cómo la rehusará quien viene a buscarlas y a abrazarse con la cruz, a cumplir y perfeccionar la ley (Mt 5, 17)? ¡Oh cruel instrumento, si ejecutaras el golpe en mi propia vida y no en el dueño que me la dio! Oh Hijo mío, dulce amor y lumbre de mi alma, ¿posible es que tan presto derramaréis la sangre que vale más que el cielo y tierra? Mi amorosa pena me inclina a excusar la vuestra y eximiros de la ley común que como a tu autor no os comprende, mas el deseo de cumplir con ella me obliga a entregaros a su rigor, si vos, dulce vida mía, no conmutáis la pena en que yo la padezca. El ser humano que tenéis de Adán, yo, Señor mío, Os le he dado, pero sin mácula de culpa, y para esto dispensó conmigo vuestra omnipotencia en la común ley de contraerla. Por la parte que sois Hijo del eterno Padre y figura de su sustancia (Heb 1, 3) por la generación eterna, distáis infinito del pecado. Pues ¿cómo, Dueño mío, queréis sujetaros a la ley de su remedio? Pero ya veo, Hijo mío, que sois Maestro y Redentor de los hombres y que habéis de confirmar con ejemplo la doctrina y no perderéis punto en esto. ¡Oh Padre eterno, si es posible, pierda el cuchillo ahora su rigor y la carne su sensibilidad, ejecútese el dolor en este vil gusano, cumpla con la ley vuestro unigénito Hijo y sienta yo sola su dolorosa pena! ¡Oh cruel, oh inhumana culpa que tan presto das lo acedo a quien no te pudo cometer! ¡Oh hijos de Adán, aborreced y temed al pecado, que para su remedio ha menester derramar sangre y penas del mismo Dios y Señor!

517. Este dolor mezclaba la piadosa Madre con el gozo de ver nacido y en sus brazos al Unigénito del Padre, y

así lo pasó los días que hubo hasta la circuncisión, acompañándola en él su castísimo esposo San José, porque sólo con él habló del misterio, aunque fueron pocas palabras por la compasión y lágrimas de entrambos. Y antes que se cumplieran los ocho días del nacimiento, la prudentísima Reina puesta en la presencia del Señor habló con Su Majestad sobre su duda, y le dijo: **Altísimo Rey, padre de mi Señor, aquí está vuestra esclava con el verdadero sacrificio y hostia en las manos. Mi gemido y su causa no está oculta a vuestra sabiduría (Sal 37, 10). Conozca yo, Señor, vuestro divino beneplácito en lo que debo hacer con vuestro Hijo y mío para cumplir con la ley. Y si con padecer yo los dolores de su rigor y mucho más, puedo rescatar a mi dulcísimo Niño y Dios verdadero, aparejado está mi corazón (Sal 56, 8), y también para no excusarlos, si por vuestra voluntad ha de ser circuncidado.**

**518. Respondióla el Altísimo, diciendo: Hija y paloma mía, no se aflija tu corazón por entregar a tu Hijo al cuchillo y al dolor de la circuncisión, pues yo le envié al mundo para darle ejemplo y para que dé fin a la ley de Moisés cumpliéndola enteramente. Si el hábito de la humanidad, que tú le has dado como madre natural, ha de ser rompido con la herida de su carne y juntamente de tu alma, también padece en la honra, siendo Hijo natural mío por eterna generación, imagen de mi sustancia, igual conmigo en naturaleza, majestad y gloria, pues le entrego a la ley y sacramento que quita el pecado, sin manifestar a los hombres que no puede tenerle. Ya sabes, hija mía, que para éste y otros mayores trabajos me has de entregar a tu Unigénito y mío. Déjale, pues, que derrame su sangre y me dé primicias de la salud eterna de los hombres.**

**519. Con esta determinación del eterno Padre se conformó la divina Señora, como cooperadora de**



nuestro remedio, con tanta plenitud de toda santidad que no cabe en razones humanas. Ofreciéndole luego con rendida obediencia y con ardentísimo amor a su Hijo unigénito, y dijo: Señor y Dios altísimo, la víctima y hostia de vuestro aceptable sacrificio ofrezco con todo mi corazón, aunque lleno de compasión y de dolor de que los hombres hayan ofendido a vuestra bondad inmensa, de manera que sea necesaria satisfacción de persona que sea Dios. Eternamente os alabo, porque con infinito amor miráis a la criatura, no perdonando a vuestro mismo Hijo (Rom 8, 32) por su remedio. Yo, que por vuestra dignación soy Madre suya, debo sobre todos los mortales y demás criaturas estar rendida a vuestro beneplácito, y así os entrego al mansísimo Cordero que ha de quitar los pecados del mundo por su inocencia. Pero si posible es que se temple el rigor de este cuchillo en mi dulce Niño, acrecentándose en mi pecho, poderoso es Vuestro brazo para conmutarlo.

520. Salió de esta oración María santísima, y sin manifestar a San José lo que en ella había entendido, con rara prudencia y razones dulcísimas le previno para disponer la circuncisión (Lc 2, 21) del Niño Dios. Díjole, como consultándole y pidiéndole su parecer, que llegándose ya al tiempo señalado por la ley (Gen 17, 12) para la circuncisión del divino infante, parecía forzoso cumplir con ella, pues no tenían orden para hacer lo contrario; y que los dos estaban más obligados al Altísimo que todas las criaturas juntas y debían ser más puntuales en cumplir sus preceptos y más rendidos a padecer por su amor, en retorno de tan incomparable deuda y en el cuidado de servir a su Hijo santísimo, estando en todo pendientes de su divino beneplácito. A estas razones la respondió el santísimo esposo con suma veneración y grande sabiduría, y dijo que en todo se conformaba con la divina voluntad manifestada con la ley común, pues no sabía otra cosa del Señor; y que el Verbo

humanado, aunque en cuanto Dios no estaba sujeto a la ley, pero que vestido de la humanidad, siendo en todo perfectísimo Maestro y Redentor, gustaría de conformarse con los demás hombres en su cumplimiento. Y preguntó a su divina esposa cómo se había de ejecutar la circuncisión.

**521.** Respondió María santísima que, cumpliendo la ley en sustancia, en el modo le parecía que fuese como en los demás niños que se circuncidaban, pero que ella no debía dejarle ni entregarle a otra persona alguna, que le llevaría y tendría en sus brazos. Y porque la complexión y delicadeza natural del Niño será causa para sentir más el dolor que los demás circuncidados, es razón prevenir la medicina que a la herida se suele aplicar a otros niños. Y a más de esto pidió a San José buscarse luego un pomito de cristal o vidrio en que recibir la sagrada reliquia de la circuncisión del Niño Dios, para guardarla consigo. Y en el ínterin la advertida Madre previno paños en que cayese la sangre que se había de comenzar a verter en precio de nuestro rescate, para que ni una gota no se perdiese ni cayese entonces en la tierra. Preparado todo esto, dispuso la divina Señora que San José avisase y pidiese al Sacerdote que viniese a la cueva, porque el Niño no saliese de allí, y por su mano se hiciese la circuncisión, como ministro más decente y digno de tan oculto y grande misterio.

**522.** Luego trataron María santísima y San José del nombre que al Niño Dios habían de dar en la circuncisión, y el santo esposo dijo: Señora mía, cuando el Ángel del Altísimo me declaró este gran sacramento, me ordenó también que a vuestro sagrado Hijo le llamásemos JESÚS. —Respondió la Virgen Madre: El mismo nombre me declaró a mí cuando tomó carne en mi vientre; y sabiendo el nombre de la boca del Altísimo por sus ministros los Ángeles, justo es que con humilde reverencia veneremos

los ocultos juicios e inescrutables de su sabiduría infinita en este Santo Nombre, y que mi Hijo y Señor se llamé JESÚS. Y así se lo manifestaremos al Sacerdote, para que escriba este divino nombre en el registro de los demás niños circuncisos.

**523.** Estando la gran Señora del cielo y San José en esta conferencia, descendieron de las alturas innumerables Ángeles en forma humana con vestiduras blancas y refulgentes, descubriendo unos resaltos de encarnado, todos de admirable hermosura. Traían palmas en las manos y coronas en las cabezas, que cada una despedía de sí mayor claridad que muchos soles, y en comparación de la belleza de estos santos príncipes, todo lo visible y hermoso de la naturaleza parece fealdad. Pero lo que más sobresalía en su hermosura, era una divisa o venera en el pecho, como grabada o embutida en él, debajo un viril en que cada uno tenía escrito el nombre dulcísimo de JESÚS. Y la luz y refulgencia que despedía cada uno de los nombres excedía a la de todos los Ángeles juntos, con que venía a ser la variedad en tanta multitud tan rara y peregrina, que ni con palabras se puede explicar, ni con nuestra imaginación percibir. Partiéronse estos Santos Ángeles en dos coros en la cueva, mirando todos a su Rey y Señor en los virginales brazos de la felicísima Madre. Venían como por cabezas de este ejército los dos grandes príncipes San Miguel y San Gabriel, con mayor resplandor que los otros Ángeles, y a más de todos ellos traían los dos en las manos el nombre santísimo de JESÚS, escrito con mayores letras en unas como tarjetas de incomparable resplandor y hermosura.

**524.** Presentáronse los dos príncipes singularmente a su Reina, y la dijeron: Señora, éste es el nombre de vuestro Hijo, que está escrito en la mente de Dios desde *ab aeterno*, y toda la beatísima Trinidad se le ha dado a vuestro Unigénito y Señor nuestro, con potestad de salvar

al linaje humano; y le asienta en la silla y trono del Santo Rey David, reinará en él, castigará a sus enemigos y triunfando de ellos los humillará hasta ponerlos por peana de sus pies, y juzgando con equidad, levantará a sus amigos para colocarlos en la gloria de su diestra. Pero todo esto ha de ser a costa de trabajos y de sangre, y ahora la derramará con este nombre, porque es de Salvador y Redentor, y serán las primicias de lo que ha de padecer por la obediencia del eterno Padre. Todos los ministros y espíritus del Altísimo que aquí venimos, somos enviados y destinados por la divina Trinidad para servir al Unigénito del Padre y vuestro y asistir presentes a todos los misterios y sacramentos de la ley de gracia y acompañarle y ministrarle hasta que suba triunfante a la celestial Jerusalén, abriendo las puertas al linaje humano, y después le gozaremos con especial gloria accidental sobre los demás bienaventurados, a quienes no fue dada esta felicísima comisión.— Todo esto oyó y vio el dichosísimo esposo San José con la Reina del cielo; pero la inteligencia no fue igual, porque la Madre de la sabiduría entendió y penetró altísimos misterios de la redención, y aunque San José conoció muchos respectivamente, no como su divina esposa; pero entrambos fueron llenos de júbilo y admiración, y con nuevos cánticos glorificaron al Señor. Y lo que les pasó en varios y admirables sucesos, no es posible reducirlo a razones, que no se hallarán, ni términos adecuados para manifestar mi concepto.

***Doctrina que me dio María santísima Señora nuestra.***

525. Hija mía, quiero renovar en ti la doctrina y luz que has recibido para tratar con suma reverencia a tu Señor y esposo, porque la humildad y temor reverencial han de crecer en las almas, al paso que reciben más particulares y extraordinarios favores. Por no tener esta ciencia muchas almas, unas se hacen indignas o incapaces de

grandes beneficios; otras, que los reciben, llegan a incurrir en una peligrosa y torpe grosería que ofende mucho al Señor, porque de la suavidad dulce y amorosa, con que su dignación divina muchas veces las regala y acaricia, suelen tomar un linaje de osadía o presuntuosa parvulez para tratar a la Majestad infinita sin la reverencia que deben y con vana curiosidad investigar y preguntar por caminos sobrenaturales lo que es sobre su entendimiento y no les conviene saber. Este atrevimiento nace de juzgar y obrar con ignorancia terrena el trato familiar con el Altísimo, pareciéndoles que ha de ser al modo del que suele tener una criatura humana con otra igual suya.

526. Pero en este juicio se engaña mucho el alma, midiendo la reverencia y respeto que se le debe a la Majestad infinita con la familiaridad y trato igual que hace el amor humano entre los mortales. En las criaturas racionales la naturaleza es igual, aunque las condiciones y accidentes sean diversos, y con el amor y amistad familiar puédese olvidar la diferencia que las hace desiguales y gobernarse el trato amigable por los movimientos humanos. Pero el amor divino nunca debe olvidar la excelencia inestimable del objeto infinito, pues así como él mira a la Bondad inmensa, y por eso no tiene modo que le limite, así la reverencia mira a la majestad del ser divino; y como en Dios son inseparables la bondad y la majestad, también en la criatura no se han de apartar la reverencia del amor, y siempre ha de preceder la luz de la fe divina, que al amante le manifiesta la esencia del objeto que ama, y ella ha de despertar y fomentar el temor reverencial y dar peso y medida a los afectos desiguales que el amor ciego e inadvertido suele engendrar, cuando obra sin acordarse de la excelencia y desigualdad del amado.

527. Cuando la criatura es de corazón grande y está

**ejercitada y habituada en la ciencia del temor santo y reverencial, no tiene este peligro de olvidarse de la reverencia debida al Altísimo con la frecuencia de los favores, aunque sean grandes; porque no se entrega inadvertida a los gustos espirituales, ni por ellos pierde la prudente atención a la suprema Majestad, antes la respeta y reverencia más, cuanto más la ama y la conoce; y con estas almas trata el Señor como un amigo con otro. Sea, pues, regla inviolable para ti, hija mía, que cuando gozares de los más estrechos abrazos y regalos del Altísimo, tanto más atenta estés a respetar la grandeza de su ser infinito e inmutable, a magnificarle y amarle juntamente. Y con esta ciencia conocerás mejor y ponderarás el beneficio que recibes y no incurrirás en el peligro y audacia de los que livianamente quieren en cualquiera suceso párvulo o grande inquirir y preguntar el secreto del Señor, y que su prudentísima providencia se incline y atienda a la vana curiosidad que los mueve con alguna pasión y desorden, que nace, no del celo y amor santo, sino de afectos humanos y reprecensibles.**

**528. Atiende en esto al peso con que yo obraba y me detenía en mis dudas, pues en hallar gracia en los ojos del Señor, ninguna criatura con inmensa distancia se puede igualar conmigo. Y con ser esto así, y tener en mis brazos al mismo Dios, y ser su Madre verdadera, nunca me atreví a pedirle me declarase cosa alguna por extraordinario modo, ni por saberla y aliviarme de alguna pena, ni por otro fin humano; que todo esto fuera flaqueza natural, curiosidad vana o vicio reprecensible, y no puede caber nada de esto en mí. Pero cuando la necesidad me obligaba para gloria del Señor, o la ocasión era inexcusable, pedía licencia a Su Majestad para proponerle mi deseo; y aunque le hallaba siempre muy propicio y con caricia me respondía, preguntándome que qué quería de su misericordia, con todo esto me aniquilaba y humillaba hasta el polvo y sólo pedía me**

enseñase lo más acepto y agradable a sus ojos.

**529.** Escribe, hija mía, en tu corazón este documento y advierte que jamás con deseo desordenado y curioso quieras inquirir ni saber cosa alguna sobre la *razón* humana. Porque a más de que el Señor no responde a tal insipiencia, por lo que le desagrada, está el demonio muy atento a este vicio en las personas que tratan de vida espiritual; y como de ordinario es él el autor de estos afectos de viciosa curiosidad y los mueve con su astucia, con ella misma suele responder a ellos, transfigurado en ángel de luz (2 Cor 11, 14), con que engaña a los imperfectos e incautos. Y cuando estas preguntas sólo fuesen movidas de la naturaleza e inclinación, tampoco se ha de seguir ni atender, porque en negocio tan alto como el trato con el Señor no se ha de seguir el dictamen ni la razón por sus apetitos y pasiones; que la naturaleza infecta y depravada por el pecado está muy desordenada y tiene movimientos sin concierto y desmedidos, que no es justo escucharlos y gobernarse por ellos. Tampoco por aliviarse la criatura de penas y trabajos, ha de recurrir a las divinas revelaciones, porque la esposa de Cristo y el verdadero siervo suyo no han de usar de sus favores para huir de la cruz, sino para buscarla y llevarla con el Señor, y dejarse en la que le diere a su divina disposición. Todo esto quiero yo de ti con el encogimiento del temor, declinando a este extremo por apartarte del contrario. Desde hoy quiero que mejores el motivo y obres por amor en todo, como más perfecto en sus fines. Este no tiene tasa ni modo; y así quiero ames con exceso y temas con moderación lo que baste para no quebrantar la ley del Altísimo y ordenar todas tus operaciones interiores y obras exteriores con rectitud. En esto sé cuidadosa y oficiosa, aunque te cueste mucho trabajo y penalidad; pues yo la padecí en circuncidar a mi Hijo santísimo, y lo hice porque en las leyes santas se nos declaraba e intimaba

la voluntad del Señor, a quien en todo y por todo debemos obedecer.

## CAPITULO 14

*Circuncidan al niño Dios y le ponen por nombre Jesús.*

**530.** En la ciudad de Belén había su particular sinagoga, como en otras de Israel, donde se juntaba el pueblo a orar, que por esto se llamaba también casa de oración, y juntamente a oír la ley de Moisés, la cual leía y declaraba un Sacerdote en el pulpito con alta voz para que el pueblo entendiese sus preceptos. Pero en esta sinagoga no se ofrecían los sacrificios, porque estaba reservado para el templo de Jerusalén, si el Señor no disponía otra cosa; por no haber dejado esto con libertad del pueblo, como consta del Deuteronomio (Dt 12, 5-6), para huir del peligro de la idolatría. Pero el Sacerdote, que era maestro o ministro de la ley, solía serlo también de la circuncisión, no por precepto que obligase, porque cualquiera podía circuncidar aunque no fuera Sacerdote, sino por especial devoción de las madres, que muchas se movían pensando que los niños no peligrarían tanto si eran circuncisos por mano de Sacerdote. Nuestra gran Reina, no por este temor, sino por la dignidad del Niño, quiso que el ministro de su circuncisión fuese el Sacerdote que estaba en Belén, y para este fin le llamó el esposo dichoso San José.

**531.** Vino el Sacerdote al portal o cueva del nacimiento, donde le esperaba el Verbo humanado y su Madre Virgen que le tenía en sus brazos, y con el Sacerdote vinieron otros dos ministros que solían ayudar en el ministerio de la circuncisión. El horror del lugar humilde admiró y desazonó un poco al Sacerdote, pero la prudentísima Reina le habló y recibió con tal modestia y agrado, que eficazmente le compelió a mudarse el rigor en devoción y admiración de la compostura y majestad honestísima de



la Madre, que sin conocer la causa le movió a reverencia y respeto de tan rara criatura. Y cuando puso los ojos el sacerdote en el semblante de la Madre y del Niño que tenía en sus brazos, sintió en el corazón un nuevo movimiento que le inclinó a gran devoción y ternura, admirado de lo que veía entre tanta pobreza y en tan humilde y despreciado lugar. Y cuando llegó al contacto de la carne deificada del infante Dios, fue renovado todo con una oculta virtud que le santificó y perfeccionó y, dándole nuevo ser de gracia, le llevó hasta ser santo y muy agradable al Altísimo Señor.

532. Para hacer la circuncisión con la reverencia exterior que en aquel lugar era posible, encendió San José dos velas de cera; y el Sacerdote dijo a la Virgen Madre que se apartase un poco y entregase el niño a los ministros, porque la vista del sacrificio no la afligiese. Este mandato causó alguna duda en la gran Señora; que su humildad y rendimiento la inclinaba a obedecer al Sacerdote, y por otra parte la llevaba el amor y reverencia de su Unigénito. Y para no faltar a estas dos virtudes, pidió licencia al Sacerdote con humilde sumisión, y le dijo tuviese gusto, si era posible, que ella asistiese al sacramento de la circuncisión, por lo que le veneraba; y que también se hallaba con ánimo de tener en sus brazos a su Hijo, pues allí había poca disposición para dejarle y alejarse; y sólo le suplicaba que con la piedad posible se hiciese la circuncisión, por la delicadeza del Niño. El sacerdote ofreció hacerlo y permitió que la misma Madre tuviese al Niño en sus manos para el ministerio; y ella fue el altar sagrado en que se comenzaron a cumplir las verdades figuradas de los antiguos sacrificios, ofreciendo este nuevo y matutino en sus brazos, para que en todas las condiciones fuese acepto al eterno Padre.

533. Desenvolvió la divina Madre a su Hijo santísimo

de los paños en que estaba y sacó del pecho una toalla o lienzo que tenía prevenido al calor natural, por el rigor del frío que entonces hacía; y con este lienzo tomó en sus manos al Niño, de manera que la reliquia y sangre de la circuncisión se recibiesen en él. Y el Sacerdote hizo su oficio y circuncidó al Niño Dios y hombre verdadero, que al mismo tiempo con inmensa caridad ofreció al eterno Padre tres cosas de tanto precio, que cada una era suficiente para la redención de mil mundos. La primera fue admitir forma de pecador (Flp 2, 7), siendo inocente e Hijo de Dios vivo, porque recibía el sacramento que se aplicaba para limpiar del pecado original y se sujetaba a la ley que no debía. La segunda fue el dolor, que le sintió como verdadero y perfecto hombre. La tercera fue el amor ardentísimo con que comenzaba a derramar su sangre en precio del linaje humano; y dio gracias al Padre porque le había dado forma humana en que padecer para su gloria y exaltación.

534. Esta oración y sacrificio de Jesús nuestro bien aceptó el Padre y comenzó —a nuestro entender— a darse por satisfecho y pagado de la deuda del linaje humano. Y el Verbo encarnado ofreció estas primicias de su sangre en prendas de que toda la daría para consumir la redención y extinguir la obligación en que estaban los hijos de Adán. Todas las acciones y operaciones interiores del Unigénito miraba su santísima Madre y entendía con profunda sabiduría el misterio de este sacramento y acompañaba a su Hijo y Señor en lo que iba obrando respectivamente como a ella le tocaba. Lloró también el Niño Dios como hombre verdadero. Y aunque el dolor de la herida fue gravísimo, así por su sensible complexión como por la crueldad del cuchillo de pedernal, no fueron tanta causa de sus lágrimas el natural dolor y sentimiento, como la sobrenatural ciencia con que miraba la dureza de los mortales, más invencible y fuerte que la piedra, para resistir a su dulcísimo amor y a la

llama que venía a encender en el mundo (Lc 12, 49) y en los corazones de los profesores de la fe. Lloró también la tierna y amorosa Madre, como candidísima oveja que levanta el balido con su inocente cordero. Y con recíproco amor y compasión, él se retrajo para la Madre, y ella dulcemente le arrimó con caricia a su virginal pecho; y recogió la sagrada reliquia y sangre derramada y la entregó entonces a San José, para cuidar ella del Niño Dios y envolverle en sus paños. El Sacerdote extrañó algo las lágrimas de la Madre, y aunque ignoraba el misterio, le pareció que la belleza del Niño podía con razón causar tanto dolor, amargura y amor en la que le había parido.

535. En todas estas obras fue la Reina del cielo tan prudente, prevenida y magnánima, que admiró a los coros de los Ángeles y dio sumo agrado al Criador. En todas resplandeció la divina sabiduría que la encaminaba, dando a cada una el lleno de perfección, como si sola aquella hiciera. Estuvo invicta para tener al Niño en la circuncisión, cuidadosa para recoger la reliquia, compasiva para lastimarse y llorar con él, sintiendo su dolor; amorosa para acariciarle, diligente para abrigarle, fervorosa para imitarle en sus obras y siempre religiosa para tratarle con suma reverencia, sin que faltase o interrumpiese en estos actos, ni uno estorbase la atención y perfección del otro. Admirable espectáculo en una doncella de quince años, y que a los Ángeles fue como un género de enseñanza y admiración muy nueva. Entre todo esto preguntó el Sacerdote qué nombre daban sus padres al niño circuncidado, y la gran Señora, atenta siempre al respeto de su esposo, le dijo lo declarase. El santo José con la veneración digna se convirtió a ella, dándole a entender que saliese de su boca tan dulce nombre. Y con divina disposición a un mismo tiempo pronunciaron los dos, María y José: *Jesús es su nombre*. Respondió el Sacerdote: Muy conformes están los padres y es grande el nombre que le ponen al

niño; y luego le escribió en el memorial o nómina de los demás del pueblo. Al escribirle sintió el Sacerdote grande conmoción interior, que le obligó a derramar muchas lágrimas, y admirado de lo que sentía e ignoraba, dijo: Tengo por cierto que este niño ha de ser un gran profeta del Señor. Tened gran cuidado de su crianza, y decidme en qué puedo yo acudir a vuestras necesidades. — Respondieron María santísima y San José al Sacerdote con humilde agradecimiento, y con alguna ofrenda que le hicieron de las velas y otras cosas, le despidieron.

**536.** Quedaron solos María santísima y San José con Jesús, y de nuevo celebraron los dos el misterio de la circuncisión del Niño, confiriéndole con dulces lágrimas y cánticos que hicieron al nombre dulcísimo de JESÚS, cuya noticia, como de otras maravillas he dicho, se reserva para gloria accidental de los santos. La prudentísima Madre curó al niño Dios de la herida del cuchillo con las medicinas que a otros solían aplicarse, y el tiempo que le duró el dolor y la cura no le dejó un punto de sus brazos de día ni de noche. No cabe en la ponderación y capacidad humana explicar el cuidadoso amor de la divina Madre, porque el natural afecto fue el mayor que otra alguna pudo tener a sus hijos y el sobrenatural excedía a todos los santos y los ángeles juntos. La reverencia y culto no tiene comparación con otra cosa criada. Estas eran las delicias del Verbo humanado que deseaba y tenía con los hijos de los hombres (Prov 8, 31). Y entre los dolores que sentía por las acciones que arriba he dicho, tenía su amoroso corazón este regalo con la eminente santidad de su Madre Virgen. Y aunque de sola ella se agradaba sobre todos los mortales y descansaba en su amor, con todo eso la humilde Reina le procuraba aliviar por todos los medios que le eran posibles. Para esto pidió a los Santos Ángeles, que allí asistían, hiciesen música a su Dios humanado, Niño y dolorido.

Obedecieron a su Reina y Señora los ministros del Altísimo y en voces materiales le cantaron con celestial armonía los mismos cánticos que ella había compuesto por sí y con su esposo, en loor del nuevo y dulce nombre de JESÚS.

**537.** Con esta música tan dulce, que en su comparación toda la de los hombres fuera confusión ofensiva, entretenía la divina Señora a su Hijo dulcísimo, y mucho más con la que ella misma le daba con la armonía de sus heroicas virtudes que en su alma santísima hacían coros de ejércitos, como se lo dijo el mismo Señor y Esposo en los Cantares (Cant 7, 1). Duro es el corazón humano y más que tardo y pesado en conocer y agradecer tan venerables sacramentos, ordenados para su eterna salvación con inmenso amor de su Criador y Reparador. ¡Oh dulce bien mío y vida de mi alma, qué mal retorno te damos por las finezas de tu amor eterno! ¡Oh caridad sin término ni medida, pues no te puedes extinguir con las muchas aguas (Cant 8, 7) de nuestras ingratitudes tan desleales y groseras! No pudo la bondad y santidad por esencia descender más por nuestro amor, ni hacer mayor fineza que tomar forma de pecador, recibiendo en sí la inocencia el remedio de la culpa que no podía tocarle. Si desprecian los hombres este ejemplo, si olvidan este beneficio, ¿cómo se atreven a decir que tienen juicio? ¿Cómo presumen y se glorían de sabios, de prudentes y entendidos? Prudencia fuera, si no te mueven, hombre ingrato, tales obras de Dios, afligirte y llorar tan lamentable estulticia y dureza de ánimo, pues no deshace el hielo de tu corazón el fuego del amor divino.

*Doctrina de la Reina santísima María Señora nuestra.*

**538.** Hija mía, quiero que con atención consideres el beneficio y favor que recibes dándote a conocer el cuidado, solicitud y devoción cariciosa con que yo servía

a mi Hijo santísimo y dulcísimo en los misterios que has escrito. No te da el Altísimo esta luz tan especial para que sólo te detengas en el regalo de conocerla y que con ella recibes, sino para que me imites en todo como fiel sierva, y como eres señalada en la noticia de los misterios de mi Hijo, lo seas también en el agradecimiento de sus obras. Considera, pues, carísima, cuan mal pagado es el amor de mi Hijo y Señor de los mortales y aun poco agradecido de los justos y olvidado. Toma por tu cuenta, en cuanto alcanzaren tus flacas fuerzas, recompensarle este agravio y ofensa, amándole, agradeciéndole y sirviéndole por ti y por todos los demás que no lo hacen. Para esto has de ser ángel en la prontitud, ferviente en el celo, puntual en las ocasiones y de todo punto has de morir a lo terreno, soltando y quebrantando las prisiones de las inclinaciones humanas, para levantar el vuelo a donde el Señor te llama.

539. No ignoras, hija mía, la eficacia dulce que tiene la memoria viva de las obras que hizo mi Hijo santísimo por los hombres; y aunque puedes ayudarte tanto con esta luz para ser agradecida, con todo eso, para que más temas incurrir en el peligro del olvido, te advierto que los bienaventurados en el cielo, conociendo a la luz divina estos misterios, se admiran de sí mismos por lo poco que atendieron a ellos siendo viadores. Y si pudieran ser capaces de pena, se lastimaran sumamente por la tardanza o descuido en que incurrieron en el aprecio de las obras de la redención e imitación de Cristo. Y todos los Ángeles y Santos, con una ponderación oculta a los mortales, se admiran de la crueldad que ha poseído sus corazones contra sí mismos y contra su Criador y Salvador; pues de ninguno tienen compasión, ni de lo que el Señor padeció, ni tampoco de los que a ellos les espera que padecer. Y cuando con amargura irremediable conozcan los precitos su formidable olvido (Sab 5, 4ss) y que no atendieron a las obras de Cristo su

**Redentor, esta confusión y despecho será intolerable pena y sola ella será castigo sobre toda ponderación, viendo la copiosa Redención (Sal 129, 7) que despreciaron. Oye, hija mía, e inclina tu oreja (Sal 44, 11) a mis consejos y doctrina de vida eterna. Arroja de tus potencias toda imagen y afecto de criatura humana y convierte todo tu corazón y mente a los misterios y beneficios de la redención. Entrégate toda a ellos, medítalos, piénsalos, pésalos, agradécelos como si tú fueras sola y ellos para ti y por cada uno de los hombres. En ellos hallarás la vida, la verdad y el camino de la eternidad, y sirviéndole no le podrás errar, antes hallarás la lumbre de los ojos y la paz (Bar 3, 14).**

## **CAPITULO 15**

***Persevera María santísima con el Niño Dios en el portal del nacimiento hasta la venida de los Reyes.***

**540. Por la ciencia infusa que nuestra gran Reina tenía de las divinas Escrituras y tan altas y soberanas revelaciones, sabía que los Santos Reyes Magos (sus reliquias están en la Catedral (Dom) de Colonia – Köln, Alemania) del oriente vendrían a reconocer y adorar a su Hijo santísimo por verdadero Dios. Y en especial estaba de próximo capaz de este misterio por la noticia que se les envió con el Ángel del nacimiento del Verbo humanado, como arriba se dijo en el capítulo 2, número 492; que todo lo conoció la Madre Virgen. San José no tuvo noticia de este sacramento, porque no se le había revelado, ni la prudentísima esposa le había informado de su secreto, porque en todo era sabida y advertida y aguardaba que obrase en estos misterios la divina voluntad con su disposición suave (Sap 8, 1) y oportuna. Por esto el santo esposo, celebrada la circuncisión, propuso a la Señora del cielo que le parecía necesario dejar aquel lugar desamparado y pobre, por la**

incomodidad que en él había para el abrigo del Niño Dios y de ella misma, y que ya en Belén se hallaría posada desocupada, donde podrían recogerse mientras llegaba el tiempo de llevar el Niño a presentarle en el templo de Jerusalén. Esto propuso el fidelísimo y cuidadoso esposo, solícito de que con su pobreza no le faltase la abundancia ni regalos que deseaba para servir a Hijo y Madre, y en todo se remitía a la voluntad de su divina esposa.

541. Respondióle la humilde Reina sin manifestarle el misterio, y le dijo: Esposo y Señor mío, yo estoy rendida a vuestra obediencia y a donde fuere vuestra voluntad os seguiré con mucho gusto; disponer lo que mejor os pareciere. — Tenía la divina Señora algún cariño a la cueva por la humildad y pobreza del lugar y por haberla consagrado el Verbo humanado con los misterios de su nacimiento y circuncisión, y con el que esperaba de los Santos Reyes, aunque no sabía el tiempo, ni, cuándo llegarían. Piadoso era este afecto y lleno de devoción y veneración, mas con todo eso antepuso la obediencia de su esposo a su particular afecto y se resignó en ella para ser en todo ejemplar y dechado de perfección altísima. Puso esta dejación e igualdad a San José en mayor duda y cuidado, porque deseaba que su esposa determinase lo que debía hacer. Y estando en esta conferencia, respondió el Señor por los dos Santos Príncipes Miguel y Gabriel, que asistían corporalmente al servicio de su Dios y Señor y a la gran Reina, y dijeron: La voluntad divina ha ordenado que en este mismo lugar adoren al Verbo divino humanado los tres Reyes de la tierra que vienen en busca del Rey del cielo del oriente. Diez días hace que caminan, porque tuvieron luego aviso del santo nacimiento y al punto se pusieron en camino y llegarán aquí con brevedad, y se cumplirán los vaticinios de los Profetas, como muy de lejos lo conocieron y profetizaron.



**542.** Con este nuevo aviso quedó San José gozoso e informado de la voluntad del Señor, y su esposa María santísima le dijo: Señor mío, este lugar escogido por el Altísimo para tan magníficos misterios, aunque es pobre y desacomodado a los ojos del mundo, mas en los de su sabiduría es rico, precioso y estimable y el mejor de la tierra, pues el Señor de los cielos se ha pagado de él, consagrándole con su real presencia. Poderoso es para que en este sitio, que es verdadera tierra de promisión, gocemos de su vista. Y si fuere voluntad suya, nos dará algún alivio y abrigo contra los rigores del tiempo los pocos días que aquí estaremos. — Consolóse San José y se alentó mucho con todas estas razones de la prudentísima Reina, y le respondió que, pues el Niño Dios cumpliría con la ley de la presentación al templo, como lo había hecho con la de la circuncisión, hasta que llegase el día se podían estar en aquel lugar sagrado sin volver primero a Nazaret, por estar lejos y el tiempo trabajoso. Y si acaso el rigor los obligase a retirar a la ciudad por huir de él, lo podían hacer, pues de Belén a Jerusalén estaban solas dos leguas.

**543.** En todo se conformó María santísima con la voluntad de su cuidadoso esposo, inclinándose siempre su deseo a no desamparar aquel sagrado tabernáculo, más santo y venerable que el *Sancta Sanctorum* del templo, mientras llegaba el tiempo de presentar en él a su Unigénito, para quien previno todo el abrigo posible, con que le defendiese de los fríos y rigores del tiempo. Previno también el portal para la llegada de los Santos Reyes, limpiándole de nuevo, lo que permitía su natural desaliño y pobreza humilde del sitio. Pero la mayor diligencia y prevención que hizo para el Niño Dios fue tenerle siempre en sus brazos, cuando no era forzoso dejarle. Y sobre todo usó de la potestad de Señora y Reina de todas las criaturas, cuando se enfurecían las inclemencias del invierno, porque mandaba al frío y a los

vientos, nieves y heladas, que no ofendiesen a su Criador, sino que con ella sola usasen de sus rigores y ásperas influencias que como elementos enviaban. Decía la divina Señora: Detened vuestra ira con vuestro mismo Criador, Autor, Dueño y Conservador, que os dio el ser y la virtud y operación. Advertid, criaturas de mi Amado, que vuestro rigor le recibisteis por la culpa y se encamina a castigar (Sab 5, 18) la inobediencia del primer Adán y su prosapia. Pero con el segundo, que viene a reparar aquella caída, y no pudo tener en ella parte, habéis de ser corteses, respetando y no ofendiendo a quien debéis obsequio y rendimiento. Yo os lo mando en nombre suyo, y que no le deis ninguna molestia ni desagrado.

544. Digna era de nuestra admiración e imitación la pronta obediencia de las criaturas irracionales a la voluntad divina, intimada por la Madre del mismo Dios; porque sucedía, cuando ella lo mandaba, que la nieve ni agua no llegaba a ella por más de diez varas de distancia, y los vientos se detenían, y el aire ambiente se templaba y mudaba en un templado calor. A esta maravilla se juntaba otra: que al mismo tiempo que el Niño Dios en sus brazos recibía este obsequio de los elementos sintiendo algún abrigo, la Madre Virgen experimentaba y le hería el frío y aspereza de las inclemencias en el punto y grado que le podían causar con su fuerza natural. Y esto sucedía porque en todo la obedecían, y ella no quería excusar para sí misma el trabajo de que reservaba a su tierno Niño y Dios magnífico, como Madre amorosa y Señora de las criaturas, sobre quien imperaba. Al santo y dichoso José llegaba el privilegio que al dulce infante y conocía la mudanza de la inclemencia en clemencia, pero no sabía que aquellos efectos fuesen por mandado de su divina esposa y obras de su potencia; porque ella no le manifestaba este privilegio, que no tenía orden del Altísimo para hacerlo.

**545.** El gobierno y modo que guardaba la gran Reina del cielo en alimentar a su Niño Jesús, era dándole su virginal leche tres veces al día, y siempre con tanta reverencia, que le pedía licencia y que la perdonase la indignidad, humillándose y reconociéndose inferior. Y muchos tiempos, cuando le tenía en sus brazos, estaba de rodillas adorándole; y si era necesario asentarse le pedía siempre licencia. Con la misma reverencia se le daba a San José y le recibía, como dije arriba (Cf. supra n. 506). Muchas veces le besaba los pies, y cuando había de hacer lo mismo en el rostro le pedía interiormente su benevolencia y consentimiento. Correspondiere a estas caricias de madre su dulcísimo Hijo, no sólo con el semblante agradable que las recibía, sin dejar la majestad, pero con otras acciones que hacía al modo de los otros niños, aunque con diferente serenidad y peso. Lo más ordinario era reclinarse amorosamente en el pecho de la purísima Madre y otras en el hombro, cogiéndole con sus bracitos divinos el cuello. Y en estas caricias era tan atenta y advertida la emperatriz María, que ni con parvuleces, como otras madres, le solicitaba, ni con temor le retiraba. En todo era prudentísima y perfecta, sin defecto ni exceso reprehensible; y el mayor amor del Hijo santísimo y la manifestación de Él la pegaba más con el polvo y la dejaba con profunda reverencia, la cual medía sus afectos y les daba mayores realces de magnificencia.

**546.** Otro más alto linaje de caricias tenían el niño Dios y la Madre Virgen; porque a más de conocer ella siempre con la luz divina los actos interiores del alma santísima de su Unigénito, como queda dicho (Cf. supra n. 481, 534), sucedía muchas veces, teniéndole en sus brazos, que con otro nuevo beneficio se le manifestaba la humanidad como un viril cristalino, y por ella o en ella miraba la unión hipostática y el alma del mismo Niño

Dios y todas las operaciones que obraba, orando al eterno Padre por el linaje humano. Y estas obras y peticiones iba imitando la divina Señora, quedando toda absorta y transformada en su mismo Hijo. Y Su Majestad la miraba con accidental gozo y delicias, como recreándose en la pureza de tal criatura y gozándose de haberla criado, y haberse humanado la divinidad para formar tan viva imagen de ella y de la humanidad que de su virginal sustancia había tomado. En este misterio, se me ofreció lo que dijeron a Holofernes sus capitanes, cuando vieron a la hermosa Judit en los campos de Betulia (Jdt 10, 18): *¿Quién despreciará el pueblo de los hebreos y no juzgará por muy acertada la guerra contra ellos, teniendo tan agraciadas mujeres?* Misteriosa y verdadera parece esta razón en el Verbo humanado, pues él pudo decir a su eterno Padre y a todo el resto de las criaturas lo mismo con más justa causa: *¿Quién no dará por bien empleado y puesto en razón haber yo venido del cielo a tomar carne humana en la tierra y degollar al demonio, mundo y carne, vencéndolos y aniquilándolos, si entre los hijos de Adán se halla tal mujer como mi Madre? ¡Oh dulce amor mío, virtud de mi virtud y vida de mi alma, Jesús amoroso, mirad que es sola María santísima la que hay con tal hermosura en la naturaleza humana! Pero es única y electa (Cant 6, 8) y tan perfecta para vuestro agrado, Dueño y Señor mío, que no sólo equivale pero excede sin término ni límite a todo el resto de vuestro pueblo, y ella sola recompensa la fealdad de todo el linaje de Adán.*

547. Sentía la dulce Madre tales efectos entre estas delicias de su unigénito niño Dios verdadero, que la dejaban toda espiritualizada y deificada de nuevo. Y en los vuelos que padecía su espíritu purísimo, muchas veces rompiera las ataduras del cuerpo terreno y le hubiera desamparado su alma con el incendio de su amor, resolviéndose la vida, si milagrosamente no fuera confortada y

preservada. Hablaba con su Hijo santísimo interior y exteriormente palabras tan dignas y ponderosas, que no caben en nuestro grosero lenguaje. Todo lo que yo pueda referir será muy desigual, según lo que se me ha manifestado. Decíale: ¡Oh amor mío, dulce vida de mi alma! ¿Quién sois vos y quién soy yo? ¿Qué queréis hacer de mí, humanándose tanto vuestra magnificencia a favorecer al inútil polvo? ¿Qué hará vuestra esclava por vuestro amor y por la deuda que os reconoce? ¿Qué os retribuiré por lo mucho que me habéis dado (Sal 115, 12)? Mi ser, mi vida, potencias y sentidos, mis deseos y ansias, todo es vuestro. Consolad a esta sierva y Madre vuestra para que no desfallezca en el afecto de servirlos, a la vista de su insuficiencia, y porque no muere por amarlos. ¡Oh qué limitada es la capacidad humana! ¡Qué coartado el poder! ¡Qué limitados los afectos, pues no pueden llegar a satisfacer con equidad a vuestro amor! Pero siempre habéis de vencer en ser magnífico y misericordioso con vuestras criaturas y cantar victorias y triunfos de amor, y nosotras reconocidas debemos rendirnos y darnos por vencidas en vuestro poder. Quedaremos humillados y pegados con el polvo y vuestra grandeza magnificada y ensalzada por todas las eternidades.—Conocía la divina Señora en la ciencia de su Hijo santísimo algunas veces las almas que en el discurso de la nueva ley de gracia se habían de señalar en el amor divino, las obras que habían de hacer, los martirios que habían de padecer por la imitación del mismo Señor; y con esta ciencia era inflamada en emulación de amor tan fuerte, que era mayor martirio el del deseo de la Reina que todos los que ha habido de obra. Y le sucedía lo que dijo el Esposo en los Cantares (Cant 8, 6), que la emulación del amor era fuerte como la muerte y dura como el infierno. A estos afectos que tenía la amorosa Madre de morir porque no moría, la respondió el Hijo Santísimo las palabras que allí se refieren (Cant 8, 6): *Ponme por señal o por sello en tu*

***corazón y en tu brazo, dándole el efecto y la inteligencia juntamente. Con este divino martirio fue María santísima mártir antes que todos los mártires. Y entre estos lirios y azucenas (Cant 2, 16) se apacentaba el cordero mansísimo Jesús, mientras aspiraba el día de la gracia y se inclinaban las sombras de la ley antigua.***

**548. No comió el Niño Dios cosa alguna mientras recibió el pecho virginal de su Madre santísima, porque sólo con la leche se alimentó, y ésta era tan suave, dulce y sustancial, como engendrada en cuerpo tan puro, perfecto y de complexión acendradísima, y medida con calidades sin desorden ni desigualdad. Ningún otro cuerpo y salud fue semejante a él; y la sagrada leche, aunque se guardara mucho tiempo, se preservara de corrupción por sus mismas calidades, y por especial privilegio, nunca se alterara ni se corrompiera, siendo así que la leche de otras mujeres luego se tuerce e inmuta, como la experiencia lo enseña.**

**549. El felicísimo esposo José no sólo gozaba de los favores y caricias del niño Dios, como testigo de vista de lo que tenían Hijo y Madre santísimos, pero también fue digno de recibirlos del mismo Jesús inmediatamente, porque muchas veces se le ponía la divina Esposa en sus brazos, cuando era necesario hacer ella alguna obra en que no le pudiese tener consigo, como aderezar la comida, aliñar los fajos del niño y barrer la casa; en estas ocasiones le tenía San José y siempre sentía efectos divinos en su alma. Y exteriormente el mismo Niño Jesús le mostraba agradable semblante y se reclinaba en el pecho del santo y con el peso y majestad de Rey le hacía algunas caricias con demostración de afecto, como suelen los infantes con los demás padres, aunque con San José no era esto tan de ordinario, ni con tanta caricia como con la verdadera Madre y Virgen. Y cuando ella lo dejaba, tenía la reliquia de la circuncisión, la cual traía**

consigo de ordinario el glorioso San José, para que le sirviese de consuelo. Estaban siempre los dos divinos esposos enriquecidos: ella con el Hijo santísimo y él con su sagrada sangre y carne deificada. Teníanla en un pomito de cristal, como dejo dicho (Cf. supra n. 521, 534), que buscó San José y le compró con el dinero que les envió Santa Isabel; y en él cerró la gran Señora el prepucio y la sangre que se vertió en la circuncisión, cortándole del lienzo que sirvió en este ministerio. Y para más asegurarlo todo, **estando el pómulo guarnecido con plata por la boca**, la cerró la poderosa Reina con sólo su imperio; con el cual se juntaron y soldaron los labios del brocal de plata, mejor que si los ajustara el artífice que los hizo. Y en esta forma guardó toda la vida la prudente Madre estas reliquias; y después entregó tan precioso tesoro a los Apóstoles, y se le dejó como vinculado en la Santa Iglesia. En el mar inmenso de estos misterios me hallo tan anegada e imposibilitada con la ignorancia de mujer y limitados términos para explicarlos, que remito muchos a la fe y piedad cristiana.

*Doctrina que me dio la Reina santísima María.*

550. Hija mía, advertida quedas en el capítulo pasado (Cf. supra n. 529) para no inquirir por orden sobrenatural cosa alguna del Señor, ni por aliviarte del padecer, ni por natural inclinación y menos por vana curiosidad. Ahora te advierto que tampoco por ninguno de estos motivos has de dar lugar a tus afectos para codiciar ni ejecutar cosa alguna natural o exterior; porque en todas las operaciones de tus potencias y obras de los sentidos has de moderar y rendir tus inclinaciones, sin darles lo que piden, aunque sea con color aparente de virtud o piedad. No tenía yo peligro de exceder en estos afectos, por mi inculpable inocencia, ni tampoco le faltaba piedad al deseo que tenía de asistir al portal donde mi Hijo santísimo había nacido y recibido la circuncisión; mas

con todo eso no quise manifestar mi deseo, aun siendo preguntada de mi esposo, porque antepuse la obediencia a esta piedad y conocí era más seguro para las almas y de mayor agrado al Señor buscar su santa voluntad por consejo y parecer ajeno que por la inclinación propia. En mí fue esto mayor mérito y perfección; pero en ti y en las demás almas, que tenéis peligro de errar por el dictamen propio, ha de ser esta ley más rigurosa para prevenirle y desviarle con discreción y diligencia; porque la criatura ignorante y de corazón tan limitado arrimase fácilmente con sus afectos y pávulas inclinaciones a cosas pequeñas, y tal vez se ocupa toda con lo poco como con lo mucho, y lo que es nada le parece algo, y todo esto la inhabilita y priva de grandes bienes espirituales, de gracia, luz y merecimiento.

551. Esta doctrina, con toda la que te he de dar, escribirás en tu corazón y procura hacer en él un memorial de todo lo que yo obraba, para que como lo conoces lo entiendas y ejecutes. Y atiende a la reverencia, amor y cuidado, al temor santo y circunspecto con que yo trataba a mi Hijo santísimo. Y aunque siempre viví con este desvelo, pero después que le concebí en mi vientre, jamás le perdí de vista, ni me retardé en el amor que entonces me comunicó Su Alteza. Y con este ardor de más agradarle, no descansaba mi corazón, hasta que unida y absorta en la participación de aquel sumo bien y último fin, me quietaba a tiempos como en mi centro; pero luego volvía a mi continua solicitud, como quien prosigue su camino, sin detenerse en lo que no le ayudaba y le retarda su deseo. Tan lejos estaba mi corazón de apegarse a cosa alguna de las de la tierra, ni seguir inclinación sensible, que en esto vivía como si no fuera de la común naturaleza terrena. Y si las demás criaturas no están libres de las pasiones, o no las vencen en el grado que pueden, no se querellen de la naturaleza sino de su misma voluntad; que antes la naturaleza flaca



se puede quejar de ellas, porque podían con el imperio de la razón regirla y encaminarla y no lo hacen, antes la dejan seguir sus desórdenes y la ayudan con la voluntad libre y con el entendimiento le buscan más objetos, peligros y ocasiones en que se pierda. Por estos precipicios que ofrece la vida humana te advierto, carísima mía, que ninguna cosa visible, aunque sea necesaria y al parecer muy justa, ni la apetezcas ni la busques. Y de todo lo que usas por necesidad, la celda, el vestido y sustento y lo demás, sea por obediencia con beneplácito de los Prelados; porque el Señor lo quiere y yo lo apruebo, para que uses de ello en servicio del Todopoderoso. Por tantos registros como los que te he insinuado ha de pasar todo lo que obrares.

## CAPITULO 16

*Vienen los tres Reyes magos del oriente y adoran al Verbo humanado en Belén.*

552. Los tres Reyes magos que vinieron en busca del Niño Dios recién nacido eran naturales de la Persia [Iran], Arabia y Sabbá [Yemen] (Sal 71, 10), partes orientales de Palestina. Y su venida profetizaron señaladamente Santo Rey David, y antes de él Balaán, cuando por voluntad divina bendijo al pueblo de Israel, habiéndole conducido el rey Balaac de los moabitas para que le maldijese (Num 23-24). Entre estas bendiciones dijo Balaán que vería al rey Cristo, aunque no luego, y que le miraría, aunque no muy cerca (Num 24, 17); porque no lo vio por sí sino por los Magos sus descendientes, ni fue luego sino después de muchos siglos. Dijo también que nacería una estrella de Jacob (Num 24, 17), porque sería para señalar al que nacía para reinar eternamente en la casa de Jacob (Lc 1, 32).

553. Eran estos tres Santos Reyes muy sabios en las

ciencias naturales y leídos en las Escrituras del pueblo de Dios, y por su mucha ciencia fueron llamados Magos. Y por las noticias de las Escrituras y conferencias con algunos de los hebreos, llegaron a tener alguna creencia de la venida del Mesías que aquel pueblo esperaba. Eran a más de esto hombres rectos, verdaderos y de gran justicia en el gobierno de sus estados; que como no eran tan dilatados como los reinos de estos tiempos, los gobernaban con facilidad por sí mismos y administraban justicia como reyes sabios y prudentes; porque éste es el oficio legítimo del rey, y para eso dice el Espíritu Santo que tiene Dios su corazón en las manos (Prov 21, 1), para encaminarle como las divisiones de las aguas a lo que fuere su santa voluntad. Tenían también corazones grandes y magnánimos, sin la avaricia ni codicia, que tanto los oprime y envilece y apoca los ánimos de los príncipes. Y por estar vecinos en los estados estos Magos y no lejos unos de otros, se conocían y comunicaban en las virtudes morales que tenían y en las ciencias que profesaban, y se noticiaban de cosas mayores y superiores que alcanzaban; en todo eran amigos y correspondientes fidelísimos.

554. Ya queda dicho en el capítulo 11, núm. 492, cómo la misma noche que nació el Verbo humanado fueron avisados de su natividad temporal por ministerio de los Santos Ángeles. Y sucedió en esta forma: que uno de los custodios de nuestra Reina, superior a los que tenían aquellos tres Reyes, fue enviado desde el portal, y como superior ilustró a los tres Ángeles de los Reyes, declarándoles la voluntad y legacía del Señor, para que ellos, cada uno a su encomendado, manifestase el misterio de la encarnación y nacimiento de Cristo nuestro Redentor. Luego los tres Ángeles hablaron en sueños, cada cual al Mago que le tocaba, en una misma hora. Y éste es el orden común de las revelaciones angélicas, pasar del Señor a las almas por el de los mismos Ángeles. Fue esta ilustración de los Reyes muy

**copiosa y clara de los misterios de la encarnación, porque fueron informados cómo era nacido el Rey de los Judíos, Dios y hombre verdadero, que era el Mesías y Redentor que esperaban, el que estaba prometido en sus Escrituras y profecías, y que les sería dada para buscarle aquella estrella que Balaán había profetizado. Entendieron también los tres Reyes, cada uno por sí, cómo se daba este aviso a los otros dos, y que no era beneficio ni maravilla para quedarse ociosa, sino que obrasen a la luz divina lo que ella les enseñaba. Fueron elevados y encendidos en grande amor y deseos de conocer a Dios hecho hombre, adorarle por su Criador y Redentor y servirle con más alta perfección, ayudándoles para todo esto las excelentes virtudes morales que habían adquirido, porque con ellas estaban bien dispuestos para recibir la luz divina.**

**555. Después de esta revelación del cielo, que tuvieron los tres Santos Reyes Magos en sueño, salieron de él y luego se postraron a una misma hora en tierra y pegados con el polvo adoraron en espíritu al ser de Dios inmutable. Engrandecieron su misericordia y bondad infinita, por haber tomado el Verbo divino carne humana de una Virgen para redimir al mundo y dar salud eterna a los hombres. Luego todos tres, gobernados singularmente con un mismo espíritu, determinaron partir sin dilación a Judea en busca del niño Dios, para adorarle. Previnieron los tres dones que llevarle, oro, incienso y mirra en igual cantidad, porque en todo eran guiados con misterio, y sin haberse comunicado fueron uniformes en las disposiciones y determinaciones. Y para partir con presteza a la ligera, prepararon el mismo día lo necesario de camellos, recámara y criados para el viaje. Y sin atender a la novedad que causaría en el pueblo, ni que iban a reino extraño y con poca autoridad ni aparato, sin llevar noticia cierta de lugar ni señas para conocer al niño, determinaron con fervoroso celo y ardiente amor**

**partir luego a buscarle.**

**556. Al mismo tiempo, el Santo Ángel que fue desde Belén a los Reyes formó de la materia del aire una estrella refulgentísima, aunque no de tanta magnitud como las del firmamento, porque ésta no subió más alta que pedía el fin de su formación y quedó en la región aérea para encaminar y guiar a los santos Reyes hasta el portal donde estaba el Niño Dios. Pero era de claridad nueva y diferente que la del sol y de las otras estrellas, y con su luz hermosísima alumbraba de noche, como antorcha lucidísima, y de día se manifestaba entre el resplandor del sol con extraordinaria actividad. Al salir de su casa cada uno de estos Reyes, aunque de lugares diferentes, vieron la nueva estrella (Mt 2, 2), siendo ella una sola; porque fue colocada en tal distancia y altura que a todos tres pudo ser patente a un mismo tiempo. Y encaminándose todos tres hacia donde los convidaba la milagrosa estrella, se juntaron brevemente; y luego se les acercó mucho más, bajando y descendiendo multitud de grados en la región del aire, con que gozaban más inmediatamente de su refulgencia. Y confirieron juntos las revelaciones que habían tenido y los intentos que cada uno llevaba, que eran uno mismo. Y en esta conferencia se encendieron más en la devoción y deseos de adorar al Niño Dios recién nacido. Quedaron admirados y magnificando al Todopoderoso en sus obras y encumbrados misterios.**

**557. Prosiguieron los Magos sus jornadas, encaminados de la estrella, sin perderla de vista hasta que llegaron a Jerusalén; y así por esto como porque aquella gran ciudad era la cabeza y metrópoli de los judíos, sospecharon que ella sería la patria donde había nacido su legítimo y verdadero Rey. Entraron por la ciudad, preguntando públicamente por él, y diciendo (Mt 2, 1ss): ¿A dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque**

en el oriente hemos visto su estrella que manifiesta su nacimiento y venimos a verle y adorarle.—Llegó esta novedad a los oídos de Herodes, que a la sazón, aunque injustamente, reinaba en Judea y vivía en Jerusalén; y sobresaltado el inicuo Rey con oír que había nacido otro más legítimo, se turbó y escandalizó mucho, y con él toda la ciudad se alteró; unos por lisonjearle y otros por el temor de la novedad. Y luego, como San Mateo refiere (Mt 2, 1ss), mandó Herodes hacer junta de los príncipes de los sacerdotes y escribas, y les preguntó dónde había de nacer Cristo, a quien ellos, según sus profecías y escrituras, esperaban. Respondiéronle que, según el vaticinio de un profeta, que es Miqueas (Miq 5,2), había de nacer en Belén, porque dejó escrito que de ella saldría el Gobernador que había de regir el pueblo de Israel.

558. Informado Herodes del lugar del nacimiento del nuevo Rey de Israel y meditando desde luego dolosamente destruirle, despidió a los sacerdotes y llamó secretamente a los Santos Reyes Magos para informarse del tiempo que habían visto la estrella pregonera de su nacimiento. Y como ellos con sinceridad se lo manifestasen, los remitió a Belén, y les dijo, con disimulada malicia: Id y preguntad por el infante, y en hallándole daréisme luego aviso, para que yo también vaya a reconocerle y adorarle.—Partieron los Magos, quedando el hipócrita rey mal seguro y congojado con señales tan infalibles de haber nacido en el mundo el Señor legítimo de los judíos. Y aunque pudiera sosegarle en la posesión de su grandeza el saber que no podía reinar tan presto un niño recién nacido, pero es tan débil y engañosa la prosperidad humana, que sólo un infante la derriba, y un amago, aunque sea de lejos, y sólo imaginarlo impide todo el consuelo y gusto que engañosamente ofrece a quien la tiene.

559. En saliendo los Magos de Jerusalén, hallaron la

estrella que a la entrada habían perdido y con su luz llegaron a Belén y al portal del nacimiento, sobre el cual detuvo su curso y se inclinó entrando por la puerta y menguando su forma corporal, hasta ponerse sobre la cabeza del infante Jesús, no paró, y le bañó todo con su luz, y luego se deshizo y resolvió la materia de que se formó primero. Estaba ya nuestra gran Reina prevenida por el Señor de la llegada de los Santos Reyes, y cuando entendió que estaban cerca del portal, dio noticia de ello al santo esposo José, no para que se apartase, sino para que asistiese a su lado, como lo hizo. Y aunque el texto sagrado del evangelio no lo dice, porque esto no era necesario para el misterio, como tampoco otras cosas que dejaron los evangelistas en silencio, pero es cierto que el santo José estuvo presente cuando los Reyes adoraron al infante Jesús. Y no era necesario cautelar esto, porque los Magos venían ya ilustrados de que la Madre del recién nacido era Virgen y él Dios verdadero y no hijo de San José. Ni Dios trajera a los Santos Reyes para que le adorasen y, por no estar catequizados, faltasen en cosa tan esencial como juzgarle por hijo de José y de madre no virgen; de todo venían ilustrados y sintiendo altísimamente de lo perteneciente a tan magníficos y encumbrados sacramentos.

560. Aguardaba la divina Madre con el infante Dios en sus brazos a los devotos y piadosos Reyes, y estaba con incomparable modestia y hermosura, descubriendo entre la humilde pobreza indicios de majestad más que humana, con algo de resplandor en el rostro. El niño le tenía mucho mayor y derramaba grande refulgencia de luz, con que estaba toda aquella caverna hecha cielo. Entraron en ella los tres Santos Reyes orientales y a la vista primera del Hijo y de la Madre quedaron por gran rato admirados y suspensos. Postráronse en tierra y en esta postura reverenciaron y adoraron al infante, reconociéndole por verdadero Dios y hombre y reparador del

linaje humano. Y con el poder divino y vista y presencia del dulcísimo Jesús, fueron de nuevo ilustrados interiormente. Conocieron la multitud de espíritus angélicos que, como siervos y ministros del gran Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19,16), asistían con temblor y reverencia. Levantáronse en pie y luego dieron la enhorabuena a su Reina y nuestra de ser Madre del Hijo del eterno Padre, y llegaron a darle reverencia, hincadas las rodillas. Pidiéronle la mano para besársela, como en sus reinos se acostumbraba con las reinas. La prudentísima Señora retiró la suya y ofreció la del Redentor del mundo, y dijo: Mi espíritu se alegró en el Señor y mi alma le bendice y alaba; porque entre todas las naciones os llamó y eligió, para que con vuestros ojos lleguéis a ver y conocer lo que muchos reyes y profetas desearon (Lc 10,24) y no lo consiguieron, que es al eterno Verbo encarnado y humanado. Magnifiquemos y alabemos su nombre por los sacramentos y misericordias que usa con su pueblo, besemos la tierra que santifica con su real presencia.

561. Con estas razones de María santísima se humillaron de nuevo los tres Reyes, adorando al infante Jesús, y reconocieron el beneficio grande de haberles nacido tan temprano el Sol de Justicia, para ilustrar sus tinieblas. Hecho esto, hablaron al santo esposo José, engrandeciendo su felicidad de ser esposo de la Madre del mismo Dios, y por ella le dieron la enhorabuena, admirados y compadecidos de tanta pobreza y que en ella se encerrasen los mayores misterios del cielo y tierra. Pasaron en estas cosas tres horas, y los Reyes pidieron licencia a María santísima para ir a la ciudad a tomar posada, por no haber lugar para detenerse en la cueva y estar en ella. Seguíanlos alguna gente, pero solos los Magos participaron los efectos de la luz y de la gracia. Los demás, que sólo paraban y atendían a lo exterior y miraban el estado pobre y despreciable de la

**Madre y de su esposo, aunque tuvieron alguna admiración de la novedad, no conocieron el misterio. Despidiéronse y fuéronse los Reyes, y quedaron María y José con el infante solos, dando gloria a Su Majestad con nuevos cánticos de alabanza, porque su nombre comenzaba a ser conocido y adorado de las gentes. Lo demás que hicieron los Reyes, diré en el capítulo siguiente.**

***Doctrina que me dio la Reina del cielo.***

**562. Hija mía, en los sucesos que contiene este capítulo, había gran fundamento para enseñar a los reyes y príncipes, y a los demás hijos de la Iglesia Santa, en la pronta devoción y humildad de los Magos, para imitarla, y en la dureza inicua de Herodes, para temerla; porque cada uno cogió el fruto de sus obras. Los Reyes, de las muchas virtudes y justicia que guardaban, y Herodes, de su ciega ambición y soberbia, con que injustamente reinaba, y de otros pecados en que le despeñó su inclinación sin rienda ni moderación. Pero basta esto para los que viven en el mundo, y las demás doctrinas que tienen en la Santa Iglesia; para ti debes aplicar la enseñanza de lo que has escrito, advirtiéndote que toda la perfección de la vida cristiana se ha de fundar en las verdades católicas y en el conocimiento de ellas constante y firme, como lo enseña la santa fe de la Iglesia. Y para más imprimirlas en tu corazón, te has de aprovechar de todo lo que leyeres y oyeres de las divinas Escrituras y de otros libros devotos y doctrinales de las virtudes. Y a esta fe santa ha de seguir la ejecución de ellas, con abundancia de todas las buenas obras, esperando siempre la visitación y venida (Tit 2,13) del Altísimo.**

**563. Con esta disposición estará tu voluntad pronta, como yo la quiero, para que en ti halle la del**



**Todopoderoso la suavidad y rendimiento necesario para no tener resistencia a lo que te manifestare, sino que en conociéndolo lo ejecutes, sin otros respetos de criaturas. Y te ofrezco que, si lo hicieres como debes, yo seré tu estrella y te guiaré por las sendas del Señor (Prov 4,11), para que con velocidad camines hasta ver y gozar en Sión (Sal 83, 8) de la cara de tu Dios y sumo bien. En esta doctrina, y en lo que sucedió a los devotos Reyes del oriente, se encierra una verdad esencialísima para la salvación de las almas; pero conocida de muy pocas y advertida de menos: esto es, que las inspiraciones y llamamientos que envía Dios a las criaturas regularmente tienen este orden: que las primeras mueven a obrar algunas virtudes, y si a éstas responde el alma, envía el Altísimo otras mayores para obrar más excelentemente, y aprovechándose de unas se dispone para otras y recibe nuevos y mayores auxilios; y por este orden van creciendo los favores del Señor, según la criatura va correspondiendo a ellos. De donde entenderás dos cosas: la una, cuan grave daño es despreciar las obras de cualquiera virtud y no ejecutarlas según las divinas inspiraciones dictan; la segunda, que muchas veces daría Dios grandes auxilios a las almas, si ellas comenzasen a responder con los menores; porque está aparejado y como esperando que le den lugar, para obrar según la equidad de sus juicios y justicia, y porque desprecian este orden y proceder de sus vocaciones, suspende el corriente de su divinidad y no concede lo que él desea y las almas habían de recibir, si no pusieran óbice e impedimento, y por esto van de un abismo en otro (Sal 41, 8).**

**564. Los Magos y Herodes llevaron encontrados caminos; que los unos correspondieron con buenas obras a los primeros auxilios e inspiraciones, y así se dispusieron con muchas virtudes para ser llamados y traídos por la revelación divina al conocimiento de los**

misterios de la encarnación, nacimiento del Verbo divino y redención del linaje humano, y de esta felicidad a la de ser santos y perfectos en el camino del cielo. Por el contrario le sucedió a Herodes, que su dureza y desprecio que hizo de obrar bien con los auxilios del Señor, le trajo a tan desmedida soberbia y ambición, y estos vicios le arrastraron hasta el último precipicio de crueldad, intentando quitar la vida, primero que otro alguno de los hombres, al Redentor del mundo, y fingirse para esto piadoso y devoto con simulada piedad, y reventando su furiosa indignación y por encontrarle, quitó la vida a los niños inocentes para que no se frustrasen sus dañados y perversos intentos.

## CAPITULO 17

*Vuelven los Reyes magos por segunda vez a ver y adorar al infante Jesús, ofrécenle sus dones y despedidos toman otro camino para sus tierras.*

565. Del portal del nacimiento, a donde los tres Reyes entraron vía recta desde su camino, se fueron a descansar a la posada dentro de la ciudad de Belén; y retirándose aquella noche a un aposento a solas, estuvieron grande espacio de tiempo, con abundancia de lágrimas y suspiros, confirmando lo que habían visto y los efectos que a cada uno había causado y lo que habían notado en el Niño Dios y en su Madre santísima. Con esta conferencia se inflamaron más en el amor divino, admirándose de la majestad y resplandor del infante Jesús, de la prudencia, severidad y pudor divino de la Madre, de la santidad del esposo San José y de la pobreza de todos tres, de la humildad del lugar donde había querido nacer el Señor de tierra y cielo. Sentían los devotos Reyes la llama del divino incendio que abrasaba sus piadosos corazones, y sin poderse contener rompían en razones de gran dulzura y acciones de mucha

veneración y amor. Decían: **¿Qué fuego es éste que sentimos? ¿Qué eficacia la de este gran Rey, que nos mueve a tales deseos y afectos? ¿Qué haremos para tratar con los hombres? ¿Cómo pondremos modo y tasa a nuestros gemidos y suspiros? ¿Qué harán los que han conocido tan oculto, nuevo y soberano misterio? ¡Oh grandeza del Omnipotente escondida (Is 45,15) por los hombres y disimulada en tanta pobreza! ¡Oh humildad nunca imaginada de los mortales! ¡Quién os pudiera traer a todos para que ninguno se privara de esta felicidad!**

**566.** Entre estas divinas conferencias se acordaron los Magos de la estrecha necesidad que tenían Jesús, María y José en su cueva y determinaron enviarles luego algún regalo en que les mostrasen su caricia, y ellos diesen aquel ensanche al afecto que tenían de servirlos, mientras no podían hacer otra cosa. Remitiéronles con sus criados muchos de los regalos que para ellos estaban prevenidos y otros que buscaron. Recibiéronlos María santísima y San José con humilde reconocimiento; y el retorno fue, no gracias secas, como hacen los demás, sino muchas bendiciones eficaces de consuelo espiritual para los tres Reyes. Tuvo con este regalo nuestra gran Reina y Señora con qué hacerles a sus ordinarios convidados, los pobres, opulenta comida; que acostumbrados a sus limosnas y más aficionados a la suavidad de sus palabras, la visitaban y buscaban de ordinario. Los Reyes se recogieron llenos de incomparable júbilo del Señor, y en sueños los avisó el ángel de su jornada.

**567.** El día siguiente en amaneciendo volvieron a la cueva del nacimiento, para ofrecer al Rey celestial los dones que traían prevenidos. Llegaron y postrados en tierra le adoraron con nueva y profundísima humildad, y abriendo sus tesoros, como dice el evangelio (Mt 2, 11), **le ofrecieron oro, incienso y mirra.** Hablaron con la divina

**Madre y la consultaron muchas dudas y negocios de los que tocaban a los misterios de la fe y cosas pertenecientes a sus conciencias y gobierno de sus estados; porque deseaban volver de todo informados y capaces para gobernarse santa y perfectamente en sus obras. La gran Señora los oyó con sumo agrado, y cuando la informaban confería con el infante en su interior todo lo que había de responder y enseñar a aquellos nuevos hijos de su ley santa. Y como maestra e instrumento de la sabiduría divina respondió a todas las dudas que le propusieron tan altamente, santificándolos y enseñándoles de suerte que, admirados y atraídos de la ciencia y suavidad de la Reina, no podían apartarse de ella, y fue necesario que uno de los Ángeles del Señor les dijese que era su voluntad y forzoso el volverse a sus patrias. Y no es maravilla que esto les sucediese, porque a las palabras de María santísima fueron ilustrados del Espíritu Santo y llenos de ciencia infusa en todo lo que preguntaron y en otras muchas materias.**

**568. Recibió la divina Madre los dones de los Reyes y en su nombre los ofreció al infante Jesús. Y su Majestad con agradable semblante mostró que los admitía y les dio su bendición, de manera que los mismos Reyes lo vieron y conocieron que la daba en retorno de los dones ofrecidos, con abundancia de dones del cielo y más de ciento por uno (Mt 19, 29). A la divina Princesa ofrecieron algunas joyas, al uso de su patria, de gran valor, pero esto, que no era de misterio ni pertenecía a él, se lo volvió Su Alteza a los Reyes y sólo reservó los tres dones de oro, incienso y mirra. Y para enviarlos más consolados, les dio algunos paños de los que había envuelto al niño Dios, porque ni tenía ni podía haber otras prendas visibles con que enviarlos enriquecidos de su presencia. Recibieron los tres Reyes estas reliquias con tanta veneración y aprecio, que guarneciéndolas en oro y piedras preciosas las guardaron. Y en testimonio de su**

grandeza derramaban tan fragancia de sí y daban tan copioso olor, que se percibía casi de una legua de distancia. Pero con esta calidad y diferencia, que sólo se comunicaba a los que tenían fe de la venida de Dios al mundo, y los demás incrédulos no participaron de este favor, ni sentían la fragancia de las preciosas reliquias, con las cuales hicieron grandes milagros en sus patrias.

569. Ofrecieron también los Reyes a la Madre del dulcísimo Jesús servirla con sus haciendas y posesiones, y que si no gustaba de ellas y quería vivir en aquel lugar del nacimiento de su Hijo santísimo, le edificarían allí casa para estar con más comodidad. Estos ofrecimientos agradeció la prudentísima Madre sin admitirlos. Y para despedirse de ella los Reyes, la rogaron con íntimo afecto del corazón que jamás se olvidase de ellos, y así se lo prometió y cumplió; y lo mismo pidieron a San José. Y con la bendición de todos tres se despidieron con tal afecto y ternura, que parecía dejaban allí sus corazones, en lágrimas y suspiros convertidos. Tomaron otro camino diferente, por no volver a Herodes por Jerusalén, que el Ángel aquella noche les amonestó en sueños no lo hiciesen. Y al partir de Belén fueron guiados por otro camino, apareciéndoles la misma u otra estrella para este intento, y los llevó hasta el lugar donde se habían juntado y de allí cada uno volvió a su patria.

570. Lo restante de la vida de estos felicísimos Reyes fue correspondiente a su divina vocación, porque en sus estados vivieron y procedieron como discípulos de la Maestra de la santidad, por cuya doctrina gobernaron sus almas y sus reinos. Y con su ejemplo, vida y noticia que dieron del Salvador del mundo, convirtieron gran número de almas al conocimiento de Dios y camino de la salvación. Y después de esto, llenos de días y merecimientos, acabaron su carrera en santidad y justicia, siendo favorecidos en vida y muerte de la Madre

de misericordia. Despedidos los Reyes, quedaron la divina Señora y San José en nuevos cánticos de alabanza por las maravillas del Altísimo. Y conferíanlas con las divinas Escrituras y profecías de los Patriarcas, conociendo cómo se iban cumpliendo en el infante Jesús. Pero la prudentísima Madre, que profundamente penetraba estos altísimos sacramentos, lo conservaba todo y lo confería consigo misma en su pecho (Lc 2, 19). Los Santos Ángeles que asistían a estos misterios dieron la enhorabuena a su Reina, de que fuese su Hijo santísimo conocido, adorado por los hombres y Su Majestad humanado, y le cantaron nuevos cánticos, magnificándole por las misericordias que obraban con los hombres.

*Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.*

571. Hija mía, grandes fueron los dones que ofrecieron los Reyes a mi Hijo santísimo, pero mayor el afecto de amor con que los daban y el misterio que significaban; por todo esto le fueron muy aceptos y agradables a Su Majestad. Esto quiero yo que tú le ofrezcas, dándole gracias porque te hizo pobre en el estado y profesión; porque te aseguro, amiga, que no hay para el Altísimo otro más precioso don ni ofrenda que la pobreza voluntaria, pues son muy pocos hoy en el mundo los que usan bien de las riquezas temporales y que las ofrezcan a su Dios y Señor con la largueza y afecto que estos Santos Reyes. Los pobres del Señor, tanto número como hay, experimentan bien y testifican cuan cruel y avarienta se ha hecho la naturaleza humana, pues con haber tantos necesitados, son tan pocos remediados de los ricos. Esta impiedad tan descortés de los nombres ofende a los Ángeles y contrista al Espíritu Santo, viendo a la nobleza de las almas tan envilecida y abatida, sirviendo todos a la torpe codicia del dinero con sus fuerzas y potencias. Y como si se hubieran criado para sí solos las riquezas, así se las apropian y las niegan a los pobres, sus hermanos de su

misma carne y naturaleza; y al mismo Dios que las crió no se las dan, siendo el que las conserva y puede darlas y quitarlas a su voluntad. Y lo más lamentable es que, cuando pueden los ricos comprar la vida eterna con la hacienda (Lc 16 9), con ella misma granjean su perdición, por usar de este beneficio del Señor como hombres insensatos y estultos.

**572.** Este daño es general en los hijos de Adán, y por eso es tan excelente y segura la voluntaria pobreza; pero en ella, partiendo con alegría lo poco con el pobre, se hace ofrenda grande al Señor de todos. Y tú puedes hacerla de lo que te toca para tu sustento, dando una parte al pobre, deseando remediar a todos, si con tu trabajo y sudor fuera posible. Pero tu continua ofrenda ha de ser las obras de amor, que es el oro, y la oración continua, que es el incienso, y la tolerancia igual en los trabajos y verdadera mortificación en todo, que es la mirra. Y lo que obrares por el Señor, ofrécelo con fervoroso afecto y prontitud, sin tibieza ni temor, porque las obras remisas o muertas no son sacrificio aceptable a los ojos de Su Majestad. Para ofrecer incesantemente estos dones de tus propios actos es menester que la fe y la luz divina esté siempre encendida en tu corazón, proponiéndote el objeto a quien has de alabar, magnificar y el estímulo de amor con que siempre estás obligada de la diestra del Altísimo, para que no ceses en este dulce ejercicio, tan propio de las esposas de Su Majestad, pues el título es significación de amor y deuda de continuo afecto.

## **CAPITULO 18**

*Distribuyen María santísima y San José los dones de los Santos Reyes Magos (sabios) y detiéndense en Belén hasta la presentación del infante Jesús en el templo.*

**573.** Despedidos los tres Santos Reyes Magos y

habiéndose celebrado en el portal el gran misterio de la adoración del infante Jesús, no quedaba otro que esperar en aquel lugar pobre y sagrado sino salir de él. La prudentísima Madre dijo a San José: Señor mío y esposo, esta ofrenda que los Reyes han dejado a nuestro Dios y niño no ha de estar ociosa, pero ha de servir a Su Majestad, empleándose luego en lo que fuere de su voluntad y obsequio. Yo nada merezco, aunque sea de cosas temporales; disponed de todo como de cosa de mi Hijo y vuestra.—Respondió el fidelísimo esposo con su acostumbrada humildad y cortesía, remitiéndose a la voluntad de la divina Señora, para que por ella se distribuyese. Instó de nuevo Su Majestad, y dijo: Si por humildad queréis, señor mío, excusaros, hacedlo por la caridad de los pobres, que piden la parte que les toca, pues tienen derecho a las cosas que su Padre celestial crió para su alimento.—Confirieron luego entre María purísima y San José cómo se distribuyesen en tres partes: una para llevar al templo de Jerusalén, que fue el incienso y mirra y parte del oro; otra para ofrecer al Sacerdote que circuncidó al niño, que se emplease en su servicio y de la sinagoga o lugar de oración que había en Belén; y la tercera para distribuir con los pobres. Y así lo ejecutaron con liberal y fervoroso afecto.

574. Para salir de aquel portal, ordenó el Todopoderoso que una mujer pobre, honrada y piadosa fuese algunas veces a ver a nuestra Reina al mismo portal; porque era la casa donde vivía pegada a los muros de la ciudad, no lejos de aquel lugar sagrado. Esta devota mujer, oyendo la fama de los Santos Reyes e ignorando lo que habían hecho, fue un día después a hablar a María santísima, y la dijo si sabía lo que pasaba de que unos Magos (sabios), que decían eran Reyes, habían venido de lejos a buscar al Mesías. La divina Princesa con esta ocasión, y conociendo el buen natural de la mujer, la instruyó y catequizó en la fe común, sin declararle en particular el



sacramento escondido del Rey que en sí misma encerraba y en el dulcísimo Niño que tenía en sus divinos brazos. Diola también alguna parte del oro destinado para los pobres, con que se remediase. Con estos beneficios quedó mejorada en todo la suerte de la feliz mujer, y ella aficionada a su maestra y bienhechora. Ofrecióle su casa, y siendo pobre era más acomodada para hospicio de los artífices o fundadores de la santa pobreza. Hízole grande instancia la pobre mujer, viendo la descomodidad del portal donde María santísima y el feliz esposo estaban con el Niño. No desechó el ofrecimiento la Reina y con estimación respondió a la mujer que la avisaría de su determinación. Y confiéndolo luego con San José, se resolvieron en ir a pasar a la casa de la devota mujer y esperar allí el tiempo de la purificación y presentación al templo. Obligóles más a esta determinación el estar cerca del portal del nacimiento, y también que comenzaba a concurrir en él mucha gente, por el rumor que se iba publicando del suceso y venida de los Santos Reyes.

575. Desampararon María santísima, San José y el Niño el sagrado portal, porque ya era forzoso, aunque con gran cariño y ternura, y fuéronse a hospedar a la casa de la feliz mujer, que los recibió con suma caridad y les dejó libre lo mejor de la habitación que tenía. Fuéronlos acompañando todos los Ángeles y ministros del Altísimo, en la misma forma humana que siempre los asistían. Y porque la divina Madre y su esposo desde la posada frecuentaban las estaciones de aquel santuario, iban y venían con ellos la multitud de príncipes que los servían. Y a más de esto, para guarda y custodia del portal o cueva cuando el niño y Madre salieron de ella, puso Dios un Ángel que le guardase, como el del paraíso (Gen 3,24); y así ha estado y está hoy en la puerta de la cueva del nacimiento con una espada, y nunca más entró en aquel lugar santo ningún animal, y si el Santo Ángel no

impide la entrada de los enemigos infieles, en cuyo poder está aquél y los demás lugares sagrados, es por los juicios del Altísimo, que deja obrar a los hombres por los fines de su sabiduría y justicia; y porque no era necesario este milagro, si los príncipes cristianos tuvieran ferviente celo de la honra y gloria de Cristo para procurar la restauración de aquellos Santos Lugares consagrados con la sangre y plantas del mismo Señor y de su Madre santísima y con las obras de nuestra redención; y cuando esto no fuera posible, no hay excusa para no procurar a lo menos la decencia de aquellos misteriosos lugares con toda diligencia y fe, que el que la tuviere, grandes montes vencerá (Mt 17, 19), porque todo le es posible al creyente (Mc 9, 22). **Y se me ha dado a entender que la devoción piadosa y la veneración de la Tierra Santa es uno de los medios más eficaces y poderosos para establecer y asegurar las monarquías católicas;** y quien lo fuere no puede negar que ahorrar a otros gastos excesivos y excusados, para emplearlos en tan piadosa empresa, fuera grata a Dios y a los hombres, pues para honestar estos gastos no es menester buscar razones peregrinas.

576. Retirada María purísima con su Hijo y Dios a la posada que halló cerca del portal, perseveró en ella hasta el tiempo que conforme a la ley se había de presentar purificada al templo con su primogénito. Y para este misterio determinó en su ánimo la santísima entre las criaturas disponerse dignamente con deseos fervorosos de llevar a presentar al Eterno Padre en el templo su infante Jesús, e imitándole ella y presentándose con él adornada y hermo­seada con grandes obras que hiciesen digna hostia y ofrenda para el Altísimo. Con esta atención hizo la divina Señora aquellos días, hasta la purificación, tales y tan heroicos actos de amor y de todas las virtudes, que ni lengua de hombres ni Ángeles lo pueden explicar; ¿cuánto menos

**podrá una mujer en todo inútil y llena de ignorancia? La piedad y devoción cristiana merecerá sentir estos misterios, y los que para su contemplación y veneración se dispusieren. Y por algunos favores más inteligibles que recibió la Virgen Madre, se podrán colegir y rastrear otros que no caben en palabras.**

**577. Desde el nacimiento habló el infante Jesús con su dulcísima Madre en voz inteligible, cuando la dijo, luego que nació: Imítame, Esposa mía y asimílate a mí, como dije en su lugar, capítulo 10 (Cf. supra n. 480). Y aunque siempre la hablaba con perfectísima pronunciación, era a solas, porque el santo esposo José nunca le oyó hablar, hasta que fue el niño creciendo y habló después de un año con él. Ni tampoco la divina Señora le declaró este favor a su esposo, porque conocía era sólo para ella. Las palabras del Niño Dios eran con la majestad digna de su grandeza y con la eficacia de su poder infinito y como con la más pura y santa, la más sabia y prudente de las criaturas, fuera de sí mismo, y como con verdadera Madre suya. Algunas veces decía: Paloma mía, querida mía, Madre mía carísima.—Y en estos coloquios y delicias que se contienen en los Cantares de Salomón, y otros más continuos interiores, pasaban Hijo y Madre santísimos, con que recibía más favores la divina Princesa y oyó palabras tan de dulzura y caricia, que han excedido a las de los Cantares de Salomón, y más que han dicho ni pensado todas las almas justas y santas desde el principio hasta el fin del mundo. Muchas veces repetía el infante Jesús, entre estos amables misterios, aquellas palabras: Asimílate a mí, Madre y paloma.—Y como eran razones de vida y virtud infinita, y a ellas acompañaba la ciencia divina que tenía María santísima de todas las operaciones que obraba interiormente el alma de su Hijo unigénito, no hay lengua que pueda explicar, ni pensamiento percibir los efectos de estas obras tan recónditas en el candidísimo e inflamado corazón de la**

## **Madre de Hijo que era hombre y Dios.**

**578. Entre algunas excelencias más raras y beneficios de María purísima, el primero es ser Madre de Dios, que fue el fundamento de todas; el segundo, ser concebida sin pecado; el tercero, gozar en esta vida muchas veces la visión beatífica de paso; el cuarto lugar tiene este favor, de que gozaba continuamente, viendo con claridad el alma santísima de su Hijo y todas sus operaciones para imitarlas. Teníala presente, como un espejo clarísimo y purísimo en que se miraba y remiraba, adornándose con las preciosas joyas de aquella alma santísima copiadas en sí misma. Mirábala unida al Verbo divino y cómo se reconocía inferior en la humanidad con profunda humildad. Conocía con vista clarísima los actos de agradecimiento y alabanza que daba, por haberla criado de nada como a todas las demás almas, y por los dones y beneficios que sobre todas había recibido en cuanto criatura, y especialmente por haberla levantado y sublimado a su naturaleza humana a la unión inseparable de la divinidad. Attendía a las peticiones, oraciones y súplicas, que hacía incesantes, que presentaba al eterno Padre por el linaje humano, y cómo en todas las demás obras iba disponiendo y encaminando su redención y enseñanza, como único Reparador y Maestro de vida eterna.**

**579. Todas estas obras de la santísima humanidad de Cristo nuestro bien iba imitando su Madre purísima. Y en toda esta Historia hay mucho que decir de tan gran misterio, porque siempre tuvo este dechado y ejemplar a la vista, donde formó todas las acciones y operaciones desde la encarnación y nacimiento de su Hijo, y como abeja officiosa fue componiendo el panal dulcísimo de las delicias del Verbo humanado. Y Su Majestad, que vino del cielo a ser nuestro Redentor y Maestro, quiso que su Madre santísima, de quien recibió el ser humano,**

participase por altísimo y singular modo los frutos de la general Redención y que fuese única y señalada discípula, en quien se estampase al vivo su doctrina, formándola tan semejante a sí mismo, cuanto era posible en pura criatura. Por estos beneficios y fines del Verbo humanado se ha de colegir la grandeza de las obras de su Madre santísima y las delicias que tenía con él en sus brazos, reclinándole en su pecho, que era el tálamo y lecho florido (Cant 1, 15) de este verdadero Esposo.

580. En los días que la Reina santísima se detuvo en Belén hasta la purificación, concurrió alguna gente a visitarla y hablarla, aunque casi todos eran de los más pobres: unos por la limosna que de su mano recibían, otros por haber sabido que los Magos habían estado en el portal, y todos hablaban de esta novedad y de la venida del Mesías, porque en aquellos días, no sin dispensación divina, estaba muy público entre los judíos que se llegaba el tiempo en que había de nacer en el mundo, y se hablaba comúnmente de esto. Con ocasión de todas estas pláticas se le ofrecían a la prudentísima Madre repetidas ocasiones de obrar grandiosamente, no sólo en guardar secreto en su pecho y conferir en él todo lo que oía y veía (Lc 2, 19), pero también en encaminar muchas almas al conocimiento de Dios, confirmarlas en la fe, instruir las en las virtudes, alumbrar las en los misterios del Mesías que esperaban y sacarlas de grandes ignorancias en que estaban, como gente vulgar y poco capaz de las cosas divinas. Decíanla algunas veces tantas novelas y cuentos de mujeres en estas materias, que oyéndolas el santo y sencillo esposo José se solía sonreír y admirar de las respuestas llenas de sabiduría y eficacia divina con que la gran Señora respondía y enseñaba a todos; cómo los toleraba, sufría y encaminaba a la verdad y conocimiento de la luz, con profunda humildad y severidad apacible, dejando a todos gustosos, consolados y capaces de lo que les convenía; porque les hablaba palabras de vida

eterna (Jn, 6, 69), que les penetraba hasta el corazón, los fervorizaba y alentaba.

*Doctrina de la Reina del cielo María santísima Señora nuestra.*

581. Hija mía, a la vista clara de la luz divina conocí yo, sobre todas las criaturas, el bajo precio y estimación que tienen delante el Altísimo los dones y riquezas de la tierra, y por esto me fue trabajoso y enojoso a mi santa libertad hallarme cargada con los tesoros de los Reyes ofrecidos a mi Hijo santísimo; pero como en todas mis obras había de resplandecer la humildad y obediencia, no quise apropiarlos a mí, ni dispensarlos por mi voluntad, sino por la de mi esposo José; y en esta resignación hice concepto como si fuera sierva suya y como si nada de aquellos bienes temporales me tocara, porque es cosa fea, y para vosotras las criaturas flacas muy peligrosa, atribuiros o apropiaros cosa ninguna de bienes terrenos, así de hacienda como de honra, pues todo esto se hace con codicia, ambición y ostentación vana.

582. He querido, carísima, decirte todo esto para que en todas materias quedés enseñada de no admitir dones ni honras humanas, como si algo te debieran, ni lo apropiés a ti misma, y esto menos cuando lo recibes de personas poderosas y calificadas; guarda tu libertad interior y no hagas ostentación de lo que nada vale, ni te puede justificar para con Dios. Si algo te presentaren, nunca digas 'esto me han dado', ni 'esto me han traído', sino 'esto envía el Señor para la comunidad, pidan a Su Majestad por el instrumento de esta misericordia suya'; y nombrarle, para que lo hagan en particular y no se frustré el fin del que hace la limosna. Tampoco la recibas por tu mano, que es insinuar codicia, sino las ofícias dedicadas para ese fin; y si por el oficio de prelada fuere

necesario después de estar dentro el convento darlo a quien le pertenece para distribuirlo al común, sea con magisterio de desprecio, manifestando no está allí el afecto, aunque al Altísimo y al que te hizo el bien se le has de agradecer, y conocer no le mereces. Lo que traen a las demás religiosas debes agradecerlo por Prelada, y con toda solicitud cuidar luego se aplique al cuerpo de la comunidad, sin tomar para ti cosa alguna; y no mires con curiosidad lo que viene al convento, porque no se deleite el sentido, ni se incline a apetecerlo o gustar le hagan tales beneficios, que el natural frágil y lleno de pasiones incurre en muchos defectos repetidas veces y muy pocas veces se hace consideración de ellos; no se le puede fiar nada a la naturaleza infecta, porque siempre quiere más de lo que tiene y nunca dice basta y cuanto más recibe mayor sed le queda para más.

583. Pero en lo que te quiero más advertida es en el trato íntimo y frecuente con el Señor, por incesante amor, alabanza y reverencia. En esto quiero, hija mía, que trabajes con todas tus fuerzas y que apliques tus potencias y sentidos sin intervalo, con desvelo y cuidado; porque sin él es forzoso que la parte inferior, que agrava el alma (Sab 9, 15), la derribe y atierre, la divierta y precipite, haciéndola perder de vista el sumo bien. Y este trato amoroso del Señor es tan delicado, que sólo de atender y oír al enemigo en sus fabulaciones se pierde; y por esto solicita él con gran desvelo que le atiendan, como quien sabe que el castigo de haberle escuchado será escondérsele al alma el objeto de su amor; y luego la que inadvertidamente ignoró su hermosura (Cant 1, 7) sale tras de las pisadas de sus descuidos, desposeída de suavidad divina, y cuando, a mal de su grado, experimenta el daño en su dolor, quiere volver a buscarla y no siempre se halla ni se le restituye; y como el demonio que la engañó le ofrece otros deleites tan viles y desiguales de aquellos a que tenía acostumbrado el

**gusto interior, de aquí le resulta y se origina nueva tristeza, turbación, caimiento, tibieza, hastío y toda se llena de confusión y peligro.**

**584. De esta verdad tienes tú, carísima, alguna experiencia, por tus descuidos y tardanza en creer los beneficios del Señor. Ya es tiempo que seas prudente en tu sinceridad y constante en conservar el fuego del santuario, sin perder de vista un punto el mismo objeto a que yo siempre estuve atenta con la fuerza de toda mi alma y potencias. Y aunque es grande la distancia de ti, que eres un vil gusanillo, a lo que en mí te propongo que imites y no puedes gozar del bien verdadero tan inmediato como yo le tenía, ni obrar con las condiciones que yo lo hacía, pero, pues yo te enseñé y manifiesto lo que obraba imitando a mi Hijo santísimo, puedes, según tus fuerzas, imitarme a mí, entendiendo que le miras por otro viril; mas porque yo le miraba por el de su humanidad santísima, y tú por el de mi alma y persona. Y si a todos llama y convida el Todopoderoso a esta alta perfección si quieren seguirla, considera tú lo que debes hacer por ella, pues tan larga y poderosa se muestra contigo la diestra del Altísimo para traerte tras de sí (Cant 1, 7).**

## **CAPITULO 19**

***Parten María santísima y San José con el infante Jesús de Belén a Jerusalén, para presentarle en el templo y cumplir la ley.***

**585. Cumplíanse ya los cuarenta días que conforme a la ley (Lev 12, 4) se juzgaba por inmunda la mujer que paría hijo y perseveraba en la purificación del parto hasta que después iba al templo. Para cumplir la Madre de la misma pureza con esta ley, y de camino con la otra del Éxodo (Ex 13,12) en que mandaba Dios le santificasen y**



ofreciesen todos los primogénitos, determinó pasar a Jerusalén, donde se había de presentar en el templo con el Unigénito del Eterno Padre suyo y purificarse conforme las demás mujeres madres. Y en el cumplimiento de estas dos leyes, para la que a ella le tocaba, no tuvo duda ni reparo alguno en obedecer como las demás madres; no porque ignorase su inocencia y pureza propia, que desde la encarnación del Verbo la sabía, y que no había contraído el común pecado original, y tampoco ignoraba que había concebido por obra del Espíritu Santo y parido sin dolor, quedando siempre virgen y más pura que el sol; pero en cuanto a rendirse a la ley común no dudaba su prudencia, y también lo solicitaba el ardiente afecto de humillarse y pegarse con el polvo, que siempre estaba en su corazón.

**586.** En la presentación que tocaba a su Hijo santísimo pudo tener algún reparo, como sucedió en la circuncisión, porque le conocía por Dios verdadero, superior a las leyes que él mismo había puesto; pero de la voluntad del Señor fue informada con luz divina y con los mismos actos del alma santísima del Verbo humanado, porque en ella vio los deseos que tenía de santificarse, ofreciéndose viva hostia (Ef 5, 2) al Eterno Padre, en agradecimiento de haber formado su cuerpo purísimo y criado su alma santísima, y destinándose para sacrificio aceptable por el linaje humano y salvación de los mortales; y aunque estos actos siempre los tuvo la humanidad santísima del Verbo, no sólo como comprensor, conformándose con la voluntad divina, pero también como viador y Redentor, con todo eso, quiso, conforme a la ley, hacer esta ofrenda a su Padre en su santo templo, donde todos le adoraban y magnificaban, como en casa de oración, expiación y sacrificios.

**587.** Trató la gran Señora con su esposo de la jornada, y habiéndola ordenado para estar en Jerusalén el día

determinado por la ley y prevenido lo necesario, se despidieron de la piadosa mujer su hospedera; y dejándola llena de bendiciones del cielo, cuyos frutos cogió copiosamente, aunque ignoraba el misterio de sus divinos huéspedes, fueron luego a visitar el portal o cueva del nacimiento, para ordenar de allí su viaje con la última veneración de aquel humilde sagrario, pero rico de felicidad, no conocido por entonces. Entregó la Madre a San José el Niño Jesús para postrarse en tierra y adorar el suelo, testigo de tan venerables misterios, y habiéndolo hecho con incomparable devoción y ternura, habló a su esposo y le dijo: Señor, dadme la bendición, para hacer con ella esta jornada, como me la dais siempre que salgo de vuestra casa, y también os suplico que me deis licencia para hacerla a pie y descalza, pues he de llevar en mis brazos la hostia que se ha de ofrecer al eterno Padre. Esta obra es misteriosa, y deseo hacerla con las condiciones y magnificencia que pide, en cuanto me fuere posible.—Usaba nuestra Reina, por honestidad, de un calzado que le cubría los pies y le servía casi de medias; era de una yerba de que usaban los pobres, como cáñamo o malvas, curado y tejido grosera y fuertemente, y aunque pobre, limpio y con decente aliño.

588. San José la respondió que se levantase, porque estaba de rodillas, y dijo: El altísimo Hijo del Eterno Padre, que tengo en mis brazos, os dé su bendición; sea también enhorabuena que caminando a pie le llevéis en los vuestros, pero no habéis de ir descalza, porque el tiempo no lo permite, y vuestro deseo será acepto delante del Señor, porque os le ha dado.—De esta autoridad de cabeza en mandar a María santísima usaba San José, aunque con gran respeto, por no defraudarla del gozo que tenía la gran Reina en humillarse y obedecer; y como el santo esposo la obedecía también y se mortificaba y humillaba en mandarla, venían a ser entrambos obedientes y humildes recíprocamente. El

negarla que fuese descalza a Jerusalén, lo hizo San José temiendo no le ofendiesen los fríos para la salud, y el temerlo nacía de que no sabía la admirable complexión y compostura del cuerpo virginal y perfectísimo, ni otros privilegios de que la diestra divina la había dotado. La obediente Reina no replicó más al santo esposo y obedeció a su mandato en no ir descalza; y para recibir de sus manos al infante Jesús se postró en tierra y le dio gracias, adorándole por los beneficios que en aquel sagrado portal había obrado con ella y para todo el linaje humano; y pidió a Su Majestad conservase aquel sagrario con reverencia y entre católicos y que siempre fuese de ellos estimado y venerado, y al santo Ángel destinado para guardarle, se le encargó y encomendó de nuevo. Cubrióse con un manto para el camino, y recibiendo en sus brazos al tesoro del cielo y aplicándole a su pecho virginal, le cubrió con grande aliño para defenderle del temporal del invierno.

589. Partieron del portal, pidiendo la bendición entrambos al Niño Dios, y Su Majestad se la dio visiblemente; y San José acomodó en el jumentillo la caja de los fajos del divino infante, y con ellos la parte de los dones de los Reyes que reservaron para ofrecer al templo. Con esto se ordenó de Belén a Jerusalén la procesión más solemne que se vio jamás en el templo, porque en compañía del Príncipe de las eternidades Jesús y de la Reina su madre y San José su esposo, partieron de la cueva del nacimiento los diez mil Ángeles que habían asistido en estos misterios y los otros que del cielo descendieron con el santo y dulce nombre de Jesús en la circuncisión (Cf. supra n. 523). Todos estos cortesanos del cielo iban en forma visible humana, tan hermosos y refulgentes, que en comparación de su belleza todo lo precioso y deleitable del mundo era menos que de barro y que la escoria, comparado con el oro finísimo; y al sol, cuando más en su fuerza estaba, le

oscurecían, y cuando faltaba en las noches las hacían días clarísimos; de su vista gozaba la divina Reina y su esposo San José. Celebraban todos el misterio con nuevos y altísimos cánticos de alabanza al Niño Dios que se iba a presentar al templo; y así caminaron dos leguas, que hay de Belén a Jerusalén.

590. En aquella ocasión, que no sería sin dispensación divina, era el tiempo destemplado, de frío y hielos, que no perdonando a su mismo Criador humanado y niño tierno, le afligían hasta que temblando como verdadero hombre lloraba, [por los pecados de los hombres], en los brazos de su amorosa Madre, dejando más herido su corazón de compasión y amor que de las inclemencias el cuerpo. Volvióse a los vientos y elementos la poderosa Emperatriz y como Señora de todos los reprendió con divina indignación, porque ofendían a su mismo Hacedor, y con imperio les mandó que moderasen su rigor con el Niño Dios, pero no con ella. Obedecieron los elementos al orden de su legítima y verdadera Señora, y el aire frío se convirtió en una blanda y templada marea para el infante, pero con la Madre no corrigió su destemplado rigor; y así le sentía ella y no su dulce Niño, como en tres ocasiones he dicho (Cf. supra n. 20, 21, 543, 544) y repetiré adelante (Cf. infra n. 633). Convirtióse también contra el pecado la que no le había contraído, y dijo: ¡Oh culpa desconcertada y en todo inhumana, pues para tu remedio es necesario que el mismo Criador de todo sea afligido de las criaturas que dio ser y las está conservando! Terrible monstruo y horrendo eres, ofensiva a Dios y destruidora de las criaturas, las conviertes en abominación y las privas de la mayor felicidad de amigas de Dios. ¡Oh hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo habéis de ser de corazón grave y habéis de amar la vanidad y mentira<sup>7</sup>? No seáis tan ingratos para con el altísimo Dios y crueles con vosotros mismos. Abrid los ojos y mirad vuestro peligro. No despreciéis los preceptos de vuestro

**Padre celestial ni olvidéis la enseñanza de vuestra Madre (Prov 1, 8), que os engendré por la caridad, y tomando el Unigénito del Padre carne humana en mis entrañas, me hizo Madre de toda la naturaleza; como tal os amo y, si me fuera posible y voluntad del Altísimo que yo padeciera todas las penalidades que ha habido desde Adán acá, las admitiera con gusto por vuestra salud.**

**591. En el tiempo que continuaba la jornada nuestra divina Señora con el Niño Dios, sucedió en Jerusalén que San Simeón, Sumo Sacerdote, fue ilustrado del Espíritu Santo cómo el Verbo humanado venía a presentarse al templo en los brazos de su Madre; la misma revelación tuvo la santa viuda Ana; y de la pobreza y trabajo con que venían, acompañados de San José, esposo de la purísima Señora. Y confiriendo luego los dos santos esta revelación e ilustración, llamaron al mayordomo del templo que cuidaba de lo temporal y dándole las señas de los caminantes que venían le mandaron saliese a la puerta del camino de Belén y los recibiese en su casa con toda benevolencia y caridad. Así lo hizo el mayordomo, con que la gran Reina y su esposo recibieron mucho consuelo, por el cuidado que traían de buscar posada que fuese decente para su divino infante. Dejándolos en su casa el dichoso hospedero, volvió a dar cuenta al Sumo Sacerdote.**

**592. Aquella tarde, antes de recogerse, trataron María santísima y San José lo que debían hacer; y la prudentísima Señora advirtió que llevase luego la misma tarde al templo los dones de los Reyes, para ofrecerlos en silencio y sin ruido, como se deben hacer las limosnas y ofrendas, y que de camino trajese el santo esposo las tortolillas (Lc 2, 24) que habían de ofrecer al otro día en público con el infante Jesús. Ejecutólo así San José y, como forastero y poco conocido, dio la mirra, incienso y oro al que recibía los dones en el templo, no dejando**

**lugar para que se advirtiese quién había ofrecido tan gran limosna; y aunque pudo con ella comprar el cordero, que ofrecían los más ricos con los primogénitos (Lev 12, 6-8), no lo hizo, porque fuera desproporción del traje humilde y pobre de la Madre y niño y del esposo ofrecer dones de ricos en lo público, y no convenía degenerar en acción alguna de su pobreza y humildad aunque fuera con fin piadoso y honesto, porque en todo fue maestra de perfección la Madre de la sabiduría y su Hijo santísimo de la pobreza, en que nació, vivió y murió.**

**593. Era San Simeón, como dice San Lucas (Lc 2, 25ss), justo y temeroso y esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo, que estaba en él, le había revelado que no pasaría la muerte sin ver primero al Cristo del Señor, y que movido del Espíritu vino al templo; porque aquella noche, a más de lo que había entendido, fue de nuevo ilustrado con la divina luz, y en ella conoció con mayor claridad todos los misterios de la encarnación y redención humana, y que en María santísima se habían cumplido las profecías de Isaías (Is 7, 14; 9, 1) que una Virgen concebiría y pariría un hijo, y de la vara de José nacería una flor que sería Cristo, y todo lo demás de éstas y otras profecías; tuvo luz muy clara de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo y de los misterios de la pasión y muerte del Redentor. Con la inteligencia de cosas tan altas quedó el Santo Simeón elevado y todo fervorizado, con deseos de ver al Redentor del mundo; y como ya tenía noticia que venía a presentarse al Padre, fue llevado Simeón al templo en espíritu el día siguiente, que es en la fuerza de esta divina luz; y sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. También la santa mujer Ana tuvo revelación la misma noche de muchos de estos misterios respectivamente, y fue grande el gozo de su espíritu porque, como dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 423) de esta Historia, ella había sido maestra de nuestra Reina cuando estuvo en el**

templo; y dice el evangelista que no se apartaba de él (Lc 2, 37), sirviendo de día y noche con ayunos y oraciones, y que era profetisa, hija de Samuel, del tribu de Aser, y habiendo vivido siete años con su marido era ya de ochenta y cuatro; y habló proféticamente del niño Dios, como se verá (Cf. infra n. 600).

*Doctrina que me dio la Reina del cielo.*

594. Hija mía, una de las miserias que hacen infelices o poco felices a las almas es contentarse con hacer las obras de virtud con negligencia y sin fervor, como si obraran cosa de poca importancia o casual. Por esta ignorancia y vileza de corazón llegan pocas al trato y amistad íntima con el Señor, que sólo se alcanza con el amor ferviente. Y llámase ferviente o fervoroso, porque al modo del agua que con el fuego hierve, así este amor con la violencia suave del divino incendio del Espíritu Santo levanta al alma sobre sí, sobre todo lo criado y sobre sus mismas obras; porque amando se enciende más y del mismo amor le nace un insaciable afecto, con el cual no sólo desprecia y olvida lo terreno, pero ni le satisface ni sacia todo lo bueno; y como el corazón humano, cuando no alcanza lo que mucho ama, si le es posible, se enardece más en el deseo de conseguirlo con nuevos medios, por esto si el alma tiene ferviente caridad, siempre con ella misma halla qué desear y qué hacer por el amado y todo cuanto obra le parece poco; y así busca y pasa de la voluntad buena a la perfecta (Rom 12, 2) y de ésta a la de mayor beneplácito del Señor, hasta llegar a la páfictísima e íntima unión y transformación en el mismo Dios.

595. De aquí entenderás, carísima, la razón por que deseaba ir descalza al templo, llevando a mi Hijo santísimo a presentarle en él y cumplir también con la ley de la purificación; porque a mis obras daba todo el lleno

de perfección posible, con la fuerza del amor que siempre me pedía lo más perfecto y agradable al Señor, y me movía a ello esta fervorosa ansia en obrar todas las virtudes en colmo de perfección. Trabaja por imitar con toda diligencia la que en mí conoces, porque te advierto, amiga, que este linaje de amor y de obrar es lo que el Altísimo está deseando y esperando como tras de los cancelles, que dijo la esposa (Cant 2, 9), mirando cómo ella obra todas las cosas, y tan cerca que sólo un cancel media para que goce de su vista; porque rendido y enamorado se va tras las almas que así le aman y sirven en todas sus obras, como también se desvía de las tibias y negligentes, o acude a ellas con una común y general providencia. Aspira tú siempre a lo más perfecto y puro de las virtudes y en ellas estudia e inventa siempre nuevos modos y trazas de amor, de manera que todas tus fuerzas y potencias interiores y exteriores estén siempre ocupadas y oficiosas en lo más alto y excelente para el agrado del Señor; y todos estos afectos comunícalos y sujétalos a la obediencia y consejo de tu maestro y padre espiritual, para hacer lo que mandare, que esto es lo primero y más seguro.

## CAPITULO 20

*De la presentación del infante Jesús en el templo y lo que sucedió en ella.*

596. No sólo por virtud de la creación era la humanidad santísima de Cristo propia del eterno Padre, como las demás criaturas, pero por especial modo y derecho le pertenecía también por virtud de la unión hipostática con la persona del Verbo, que era engendrada de su misma sustancia, como Hijo unigénito y verdadero Dios de Dios verdadero; pero con todo eso determinó el Padre que le fuese presentado su Hijo en el templo, así por el misterio como por el cumplimiento de su santa ley, cuyo fin era



**Cristo nuestro Señor (Rom 10, 4), pues por esto fue ordenado que los judíos santificasen y ofreciesen todos sus primogénitos (Ex 13, 2), esperando siempre al que lo había de ser del eterno Padre y de su Madre santísima; y en esto, a nuestro modo de entender, se hubo Su Majestad como sucede entre los hombres, que gustan se les trate y repita alguna cosa de que tienen agrado y complacencia, pues aunque todo lo conocía y sabía el Padre con infinita sabiduría tenía gusto en la ofrenda del Verbo humanado que por tantos títulos era suyo.**

**597. Esta voluntad del eterno Padre, que era la misma de su Hijo santísimo en cuanto un Dios, conocía la Madre de la vida y también la de la humanidad de su Unigénito, cuya alma y operaciones miraba conforme en todo con la voluntad del Padre; y con esta ciencia pasó en coloquios divinos la gran Princesa aquella noche que llegaron a Jerusalén antes de la presentación, y hablando con el Padre decía: Señor y Dios altísimo, Padre de mi Señor, festivo día será éste para el cielo y tierra, en que os ofrezco y traigo a vuestro santo templo la hostia viva, que es el tesoro de vuestra misma divinidad; rica es, Señor y Dios mío, esta oblación, y bien podéis por ella franquear vuestras misericordias al linaje humano, perdonando a los pecadores que torcieron los caminos rectos, consolando a los tristes, socorriendo a los necesitados, enriqueciendo a los pobres, favoreciendo a los desvalidos, alumbrando a los ciegos y encaminando a los errados; esto es, Señor mío, lo que yo os pido, ofreciéndos a vuestro Unigénito y también es Hijo mío por vuestra dignación y clemencia; y si me le habéis dado Dios, yo os le presento Dios y Hombre juntamente, y lo que vale es infinito y menos lo que pido; rica vuelvo a vuestro santo templo de donde salí pobre y mi alma os magnificará eternamente, porque tan liberal y poderosa se mostró conmigo vuestra diestra divina.**

**598.** Llegada la mañana, para que en los brazos de la purísima alba saliese el sol del cielo a vista del mundo, la divina Señora, prevenidas las tortolillas y dos velas, aliñó al infante Jesús en sus paños, y con el santo esposo José salieron de la posada para el templo. Ordenóse la procesión y en ella iban los santos Ángeles que vinieron desde Belén en la misma forma corpórea y hermosísima, como dije arriba (Cf. supra n. 589), pero en ésta añadieron los espíritus santísimos muchos cánticos dulcísimos que le decían al niño Dios con armonía de suavísima y concertada música, que sólo María purísima los percibió. Y a más de los diez mil que iban en esta forma, descendieron del cielo otros innumerables y, juntos con los que tenían la venera del santo nombre de JESÚS, acompañaron al Verbo divino humanado a esta presentación; y éstos iban incorpóreamente como ellos son, y la divina Princesa sola los podía ver. Llegando a la puerta del templo, sintió la felicísima Madre nuevos y altísimos efectos interiores de dulcísima devoción y prosiguiendo hasta el lugar que llegaban las demás se inclinó y puesta de rodillas adoró al Señor en espíritu y verdad en su santo templo y se presentó ante su altísima y magnífica Majestad con su Hijo en los brazos. Luego se le manifestó con visión intelectual la Santísima Trinidad y salió una voz del Padre, oyéndola sola María purísima, que decía: *Este es mi amado Hijo, en el cual yo tengo mi agrado* (Mt 17, 5). El dichoso entre los varones, San José, sintió al mismo tiempo nueva conmoción de suavidad del Espíritu Santo, que le llenó de gozo y luz divina.

**599.** El sumo sacerdote San Simeón, movido también por el Espíritu Santo; como arriba se dijo, capítulo precedente (Cf. supra n. 593), entró luego en el templo y encaminándose al lugar donde estaba la Reina con su infante Jesús en los brazos vio a Hijo y Madre llenos de resplandor y de gloria respectivamente. Era este Sacerdote lleno de años y en todo venerable, y también

lo era la profetisa Santa Ana, que, como dice el evangelio (Lc 2, 25-38), vino allí a la misma hora y vio a la Madre con el Hijo con admirable y divina luz. Llegaron llenos de júbilo celestial a la Reina del cielo y el sacerdote recibió de sus manos al infante Jesús en sus palmas y levantando los ojos al cielo le ofreció al eterno Padre y pronunció aquel cántico lleno de misterios: *Ahora, Señor, saca en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado: al cual tienes destinado para que, expuesto a la vista de todos los pueblos, sea luz brillante que ilumine a los gentiles, y gloria de tu pueblo de Israel. (Lc 2, 25-38).* Y fue como decir: Ahora, Señor, me soltarás y dejarás ir libre y en paz, suelto de las cadenas de este mortal cuerpo, donde me detenían las esperanzas de tu promesa y el deseo de ver a tu Unigénito hecho carne; ya gozaré de paz segura y verdadera, pues han visto mis ojos a tu Salvador, tu Hijo unigénito hecho hombre, unido con nuestra naturaleza, para darle salvación eterna, destinada y decretada antes de los siglos en el secreto de tu divina sabiduría y misericordia infinita; ya, Señor, le preparaste y le pusiste delante de todos los mortales, sacándole a luz al mundo para que todos le gocen, si todos le quieren, y tomar de él la salvación y la luz que alumbrará a todo hombre en el universo; porque Él es la lumbre que se ha de revelar a las gentes y para gloria de tu escogido pueblo de Israel.

600. Oyeron este cántico de San Simeón María santísima y San José, admirándose de lo que decía y con tanto espíritu; y llámales el Evangelista (Lc 2, 25-38) padres del Niño Dios, según la opinión del pueblo, porque esto sucedió en público. Y San Simeón prosiguió diciéndole a la Madre santísima del infante Jesús, a quien se convirtió con atención: Advertid, Señora, que este niño está puesto para ruina y para salvación de muchos en Israel y para señal o blanco de grandes

**contradicciones, y vuestra alma, suya de él, traspasará un cuchillo, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.—Hasta aquí dijo San Simeón. Y como Sacerdote dio la bendición a los felices padres del Niño. Y luego la profetisa Santa Ana confesó al Verbo humanado y con luz del Espíritu divino habló de sus misterios muchas cosas con los que esperaban la redención de Israel. Y con los dos santos viejos quedó testificada en público la venida del Mesías a redimir su pueblo.**

**601. Al mismo tiempo que el Sacerdote San Simeón pronunciaba las palabras proféticas de la pasión y muerte del Señor, cifradas en el nombre de cuchillo y señal de contradicción, el mismo Niño abajó la cabeza, y con esta acción y muchos actos de obediencia interior aceptó la profecía del Sacerdote, como sentencia del Eterno Padre declarada por su ministro. Todo esto vio y conoció la amorosa Madre y con la inteligencia de tan dolorosos misterios comenzó a sentir de presente la verdad de la profecía de San Simeón, quedando herido desde luego el corazón con el cuchillo que la amenazaba para adelante; porque le fue patente y como en un espejo claro se propusieron a la vista interior todos los misterios que comprendía la profecía: cómo su Hijo santísimo sería piedra de escándalo y ruina a los incrédulos y vida para los fieles; la caída de la sinagoga y levantamiento de la Iglesia en la gentilidad; el triunfo que ganaría de los demonios y de la muerte, pero que le había de costar mucho y sería con la suya afrentosa y dolorosa de cruz; la contradicción que el infante Jesús en sí mismo y en su Iglesia había de padecer de los prescitos en tan grande multitud y número; y también la excelencia de los predestinados. Todo lo conoció María santísima y entre gozo y dolor de su alma purísima, elevada en actos perfectísimos por los misterios ocultísimos y la profecía de Simeón, ejercitó eminentes**

operaciones y le quedó en la memoria, sin olvidarlo jamás un solo punto, todo lo que conoció y vio con la luz divina y por las palabras proféticas de Simeón; y con tal vivo dolor miraba a su Hijo santísimo siempre, renovando la amargura que como Madre, y Madre de Hijo Dios y hombre, sabía sola sentir dignamente lo que los hombres y criaturas humanas y de corazones ingratos no sabemos sentir. El santo esposo José, cuando oyó estas profecías, entendió también muchos de los misterios de la redención y trabajos del dulcísimo Jesús, pero no se los manifestó el Señor tan copiosa y expresamente como los conoció y penetró su divina esposa, porque había diferentes razones y el Santo no lo había de ver todo en su vida.

**602.** Acabado este acto, la gran Señora besó la mano al Sacerdote y le pidió de nuevo la bendición, y lo mismo hizo con Santa Ana, su antigua maestra, porque el ser Madre del mismo Dios y la mayor dignidad que ha habido ni habrá entre todas las mujeres, Ángeles y hombres, no la impedían los actos de profunda humildad. Y con esto se volvió a su posada, y con el Niño Dios, su esposo y la compañía de los catorce mil Ángeles que la asistían, se compuso la procesión y caminaron. Detúvose por su devoción, como abajo diré (Cf. infra n. 606ss), algunos días en Jerusalén y en ellos habló con el Sacerdote algunas veces misterios de la redención y profecías que le había dicho; y aunque las palabras de la prudentísima Madre eran pocas, medidas y graves, como eran, tan ponderosas y llenas de sabiduría, dejaron al Sacerdote admirado y con nuevos gozos y efectos altísimos y dulcísimos en su alma; y lo mismo sucedió con la santa profetisa Ana; y entrambos murieron en el Señor en breves días. En la posada fueron hospedados por cuenta del Sacerdote; y los días que estuvo nuestra Reina en ella frecuentaba el templo, y en él recibió nuevos favores y consolaciones del dolor que le causaron las profecías del

**Sacerdote; y para que le fuesen más dulces le habló su santísimo Hijo una vez, y la dijo: Madre carísima y paloma mía, enjugad las lágrimas de vuestros ojos y dilatad vuestro candido corazón, pues la voluntad de mi Padre es que yo reciba muerte de cruz. Compañera mía quiere que seáis en mis trabajos y penas, y yo las quiero padecer por las almas que son hechuras de mis manos a mi imagen y semejanza, para llevarlas a mi reino triunfando de mis enemigos y que vivan conmigo eternamente. Esto mismo es lo que vos deseáis conmigo.—Respondió la Madre: ¡Oh dulcísimo amor mío e hijo de mis entrañas! Si el acompañaros fuera no sólo para asistirlos con la vista y compasión, sino para morir juntamente con vos, fuera mayor alivio, porque será mayor dolor vivir yo viéndoos morir.—En estos ejercicios y afectos amorosos y compasivos pasó algunos días, hasta que tuvo San José el aviso de ir huyendo a Egipto, como diré en el capítulo siguiente.**

***Doctrina que me dio la Reina María santísima.***

**603. Hija mía, el ejemplo y doctrina de lo que has escrito te enseña la constancia y dilatación que has de procurar en tu corazón, estando preparada para admitir lo próspero y adverso, lo dulce y amargo con igual semblante. ¡Oh carísima, qué estrecho y qué apocado es el corazón humano para recibir lo penoso y contrario a sus terrenas inclinaciones! ¡Cómo se indigna con los trabajos! ¡Qué impaciente los recibe! ¡Qué insufrible juzga todo lo que se opone a su gusto! ¡Y cómo olvida que su Maestro y Señor los padeció primero y los acreditó y santificó en sí mismo! Grande confusión y aun atrevimiento es que aborrezcan los fieles el padecer después que mi Hijo santísimo padeció por ellos, pues antes que muriera abrazaron muchos santos la cruz sólo con la esperanza de que en ella padecería Cristo, aunque no lo vieron. Y si en todos es tan fea esta mala**

correspondencia, pondera bien, carísima, cuánto lo sería en ti, que tan ansiosa te muestras para alcanzar la amistad y gracia del Altísimo y merecer el título de esposa y de amiga suya, ser toda para Él y que Su Majestad sea para ti, y también los anhelos que tienes de ser mi discípula y que yo sea tu maestra, seguirme e imitarme como hija fiel a su madre. Todo esto no se ha de resolver en sólo afectos y decir muchas veces: Señor, Señor, y en llegando a la ocasión de gustar el cáliz y la cruz de los trabajos contristarte, afligirte y huir de las penas en que se ha de probar la verdad del corazón afectuoso y enamorado.

604. Todo esto sería negar con las obras lo que protestas con las promesas y salir del camino de la vida eterna, porque no puedes seguir a Cristo si no abrazas la cruz y te alegras con ella, ni tampoco me hallarás a mí por otro camino. Si las criaturas te faltan, si la tentación te amenaza, si la tribulación te aflige y los dolores de la muerte te cercaren (Sal 17, 5), por ninguna de estas cosas te has de turbar ni te has de mostrar cobarde, pues a mi Hijo santísimo y a mí nos desagrade tanto que impidas y malogres su poderosa gracia para defenderte; si no, la desluces y la recibes en vano y, a más de esto, darás al demonio gran triunfo, que se gloria mucho de que ha turbado o rendido a la que se tiene por discípula de Cristo mi Señor y mía, y comenzando a desfallecer en lo poco te vendrá a oprimir en lo mucho. Confía, pues, de la protección del Altísimo y que corres por mi cuenta, y con esta fe, cuando te llegare la tribulación, responde animosa: El Señor es mi iluminación y mi salud, ¿a quién temeré? Es mi protector, ¿cómo ando fluctuando (Sal 26, 1)? Tengo Madre, Maestra, Reina y Señora, que me amparará y cuidará de mi aflicción.

605. Con esta seguridad procura conservar la paz interior y no me pierdas de vista para imitar mis obras y seguir

mis pisadas. Advierte el dolor que traspasó mi corazón con las profecías de San Simeón, y en esta pena estuve igual, sin inmutarme, ni alteración alguna, aunque traspasada el alma y corazón de dolor. De todo tomaba motivo para glorificar y reverenciar su admirable sabiduría. Si los trabajos y penas transitorias se admiten con alegre y sereno corazón, espiritualizan a la criatura, la elevan y la dan ciencia divina con que hace digno aprecio del padecer y halla luego el consuelo y el fruto del desengaño y mortificación de las pasiones. Esta es ciencia de la escuela del Redentor escondida de los vivientes en Babilonia y amadores de la vanidad. Quiero también que me imites en respetar a los Sacerdotes y ministros del Señor, que ahora tienen mayor excelencia y dignidad que en la ley antigua después que el Verbo divino se unió a la naturaleza humana y se hizo Sacerdote Eterno según el orden de Melquisedec (Sal 109, 4). Oye su doctrina y enseñanza como dimanada de Su Majestad, en cuyo lugar están; advierte la potestad y autoridad que les da en el Evangelio, diciendo: *Quien a vosotros oye, a mí oye; quien a vosotros obedece, a mí obedece (Lc 10, 16)*. Ejecuta lo más santo, como te lo enseñarán; y tu continua memoria sea en meditar lo que padeció mi Hijo santísimo, de tal manera que sea tu alma participante de sus dolores y te engendre tal acedía y amargura en los contentos terrenos, que todo lo visible pospongas y olvides por seguir al Autor de la vida eterna.

## CAPITULO 21

*Previene el Señor a María santísima para la fuga a Egipto, habla el Ángel a San José y otras advertencias en todo esto.*

**606.** Cuando María santísima y el gloriosísimo San José volvieron de presentar en el templo a su infante Jesús, determinaron de perseverar en Jerusalén nueve días y en



ellos visitar al templo nueve veces, repitiendo cada día la ofrenda de la sagrada hostia de su Hijo santísimo que tenían en depósito, en nacimiento de gracias de tan singular beneficio que entre todas las criaturas habían recibido. Veneraba la divina Señora con especial devoción el número de nueve, en memoria de los nueve días que fue prevenida y adornada para la encarnación del Verbo divino, como queda dicho en el principio de esta segunda parte por los primeros diez capítulos, y también por los nueve meses que le trajo en su virginal vientre; y por esta atención deseaba hacer la novena con su niño Dios, ofreciéndole tantas veces al Eterno Padre como oblación aceptable para los altos fines que la gran Señora tenía. Comenzaron la novena y cada día iban al templo antes de la hora de tercia y estaban hasta la tarde en oración, eligiendo el lugar más inferior con el infante Jesús, para que dignamente oyesen aquella merecida honra que dio el dueño del convite en el evangelio al convidado humilde, cuando le dijo: *Amigo, sube más arriba (Lc 14, 10)*. Así lo mereció nuestra humildísima Reina y lo ejecutó con ella el eterno Padre, ante cuya presencia derramaba su espíritu (Sal 141, 3). Y un día de éstos oró y dijo:

**607.** Rey altísimo, Señor y Criador universal de todo lo que tiene ser, aquí está en vuestra presencia divina el polvo inútil y ceniza a quien sola vuestra dignación inefable ha levantado a la gracia que ni supe ni pude merecer. Hallóme, Señor mío, obligada y compelida del corriente impetuoso de vuestros beneficios para ser agradecida, pero ¿qué retribución digna podrá ofreceros la que siendo nada recibió el ser y la vida y sobre ella tan incomparables misericordias y favores de vuestra liberalísima diestra? ¿Qué retorno puede volver en obsequio de vuestra inmensa grandeza? ¿Qué reverencia a vuestra majestad? ¿Qué dádiva a vuestra divinidad infinita la que es criatura limitada? Mi alma, mi ser y mis

potencias, todo lo recibí y recibo de vuestra mano y muchas veces lo tengo ofrecido y sacrificado a vuestra gloria. Confieso mi deuda, no sólo por lo que me habéis dado, pero más con el amor con que me la disteis, y porque entre todas las criaturas me preservó vuestra bondad infinita del contagio de la culpa y me eligió para dar forma de hombre a vuestro Unigénito y con tenerle en mi vientre y a mis pechos, siendo hija de Adán de materia vil y terrena. Conozco, altísimo Señor, esta inefable dignación vuestra y en el agradecimiento desfallece mi corazón y mi vida se resuelve en afectos de vuestro divino amor, pues nada tengo que retribuir por todo lo que vuestro gran poder se ha señalado con vuestra sierva. Pero ya se alienta mi corazón y se alegra en lo que tiene que ofrecer a vuestra grandeza, que es uno mismo con vos en la sustancia, igual en la majestad, perfecciones y atributos, la generación de vuestro entendimiento, la imagen de vuestro mismo ser, la plenitud de vuestro agrado, vuestro Hijo unigénito y dilectísimo; ésta es, eterno Padre y Dios altísimo, la dádiva que os ofrezco, la hostia que os traigo, segura de que la admitiréis, y habiéndole recibido Dios, le vuelvo Dios y hombre. No tengo yo, Señor, ni tendrán las criaturas otra cosa más que dar, ni Vuestra Majestad otro don más precioso que pedirles, y es tan grande que basta para retribución de lo que yo he recibido. En su nombre y en el mío os le ofrezco y presento a vuestra grandeza; y porque siendo Madre de vuestro Unigénito y dándole carne humana le hice hermano de los mortales y él quiso venir a ser su Redentor y Maestro, a mí me toca abogar por ellos y tomar su causa por mi cuenta y clamar por su remedio. Ea, pues, Padre de mi Unigénito, Dios de las misericordias, yo os le ofrezco de todo mi corazón y con él y por él pido perdonéis a los pecadores y que derraméis sobre el linaje humano vuestras misericordias antiguas y renovéis nuevas señales y modo de ejecutar vuestras maravillas (Eclo 36, 6). Este es el león de Judá

**(Ap 5, 5) hecho ya cordero para quitar los pecados del mundo (Jn 1, 29); es el tesoro de vuestra divinidad.**

**608. Estas y otras oraciones y peticiones semejantes hizo la Madre de piedad y misericordia en los primeros días de la novena que comenzó en el templo, y a todas le respondió el eterno Padre, aceptándolas con la ofrenda de su Unigénito por sacrificio agradable y enamorándose de nuevo de la pureza de su Hija única y electa y mirando su santidad con beneplácito. Y en retorno de estas peticiones la concedió su invicta Majestad grandes y nuevos privilegios y que todo cuanto pidiese mientras durare el mundo para sus devotos lo alcanzaría, y que los grandes pecadores, como se valiesen de su intercesión, hallarían remedio, que en la nueva Iglesia y ley evangélica de Cristo su Hijo santísimo fuese con él cooperadora y maestra, en especial después de la ascensión a los cielos, quedando la Reina por amparo e instrumento del poder divino en ella, como diré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 2) de esta Historia. Otros muchos favores y misterios comunicó el Altísimo a la divina Madre en estas peticiones, que ni caben en palabras ni se pueden manifestar con mis cortos y limitados términos.**

**609. Y prosiguiendo en ellas, como llegase el quinto día después de la presentación y purificación, estando la divina Señora en el templo con su infante Dios en los brazos, se le manifestó la divinidad, aunque no intuitivamente, y fue toda elevada y llena del Espíritu Santo; que si bien ya lo estaba, pero como Dios es infinito en su poder y tesoros, nunca da tanto que no le quede más que dar a las puras criaturas. En esta visión abstractiva quiso el Altísimo preparar de nuevo a su única esposa, previniéndola para los trabajos que la esperaban; y hablándola y confortándola la dijo: Esposa y paloma mía, tus intentos y deseos son gratos a mis ojos**

**y en ellos me deleito siempre, pero no puedes proseguir los nueve días de tu devoción que has comenzado, porque quiero tengas otro ejercicio de padecer por mi amor y que para criar a tu Hijo y salvarle su vida salgas de tu casa y patria y te ausentes con él y con José tu esposo pasando a Egipto, donde estaréis hasta que yo ordene otra cosa, porque Herodes ha de intentar la muerte del infante; la jornada es larga, trabajosa y de muchas incomodidades, padécelas por mí; yo estoy y estaré contigo siempre.**

**610. Cualquiera otra santidad y fe pudiera padecer alguna turbación, como la han tenido grande los incrédulos, viendo que un Dios todopoderoso huye de un hombre mísero y terreno y para salvar la vida humana se aleja y ausenta, como si fuera capaz de este temor o si no fuera hombre y Dios juntamente; pero la prudentísima y obediente Madre no replicó ni dudó, no se turbó ni inmutó con esta impensada novedad, y respondió, diciendo: Señor y Dueño mío, aquí está vuestra sierva con preparado corazón para morir, si necesario fuere, por vuestro amor; disponed de mí a vuestra voluntad; sólo pido que vuestra bondad inmensa, no mirando mis pocos méritos y desagradecimientos, no permita llegue a ser afligido mi Hijo y Señor y que los trabajos vengan sólo para mí, que debo padecerlos.— Remitióla el Señor a San José, para que en todo le siguiese en la jornada, y con esto salió de la visión, habiéndola tenido sin perder los sentidos exteriores, porque tenía en los brazos al infante Jesús, y sólo en la parte superior del alma fue elevada; aunque de allá redundaron otros dones en los sentidos, que los dejaron espiritualizados y como testificando que el alma estaba donde amaba más que donde animaba.**

**611. Pero el amor incomparable que tenía la gran Reina a su Hijo santísimo enterneció algo su corazón materno y compasivo, considerando los trabajos que había**

conocido en la visión para el Niño Dios, y derramando muchas lágrimas salió del templo para su posada, sin manifestar a su esposo la causa de su dolor; y el Santo entendía que sólo era la profecía de San Simeón que habían oído, pero como el fidelísimo San José la amaba tanto y de su condición era oficioso y solícito, turbóse un poco viendo a su esposa tan llorosa y afligida y que no le manifestaba la causa si la tenía de nuevo. Esta turbación fue una, entre otras razones, para que el Ángel santo le hablase en sueños, como en la ocasión del preñado de la Reina dije arriba (Cf. supra n. 400); porque aquella misma noche, estando San José durmiendo, se le apareció en sueños el mismo santo Ángel y le dijo, como refiere san Mateo (Mt 2, 13): *Levántate, y con el niño y su Madre huye a Egipto, y allí estarás hasta que yo te vuelva a dar otro aviso; porque Herodes ha de buscar al niño para quitarle la vida.*—Al punto se levantó el santo esposo lleno de cuidado y pena, previniendo la de su amantísima esposa, y llegándose a donde estaba retirada la dijo: Señora mía, la voluntad del Altísimo quiere que seamos afligidos, porque su Ángel santo me ha hablado y declarado que gusta y ordena Su Majestad que con el Niño nos vayamos huyendo a Egipto, porque trata Herodes de quitarle la vida. Animaos, Señora, para el trabajo de este suceso y decidme qué puedo yo hacer de vuestro alivio, pues tengo el ser y la vida para servicio de nuestro dulce Niño y vuestro.

**>> sigue parte 10 >>**